

MINISTERIO

adventista

enero - febrero de 1983



¿Qué pasó
con la familia
que ora unida?

“Para que el hombre no perdiese los preciosos frutos de la práctica de la beneficencia, nuestro Redentor concibió el plan de hacerle su colaborador... Las apremiantes necesidades de un mundo arruinado nos obligan a emplear en su favor nuestros talentos —dinero e influencia— para hacer conocer la verdad a los hombres y mujeres que sin ella perecerían... En su divina providencia Dios llama a su pueblo a salir de su esfera de acción limitada ‘para emprender cosas mayores’.

Consejos sobre Mayordomía Cristiana, págs. 15, 16.

Año 31 Enero-febrero de 1983 N° 180

MINISTERIO

adventista

CONTENIDO

- 3 Amebas, leucocitos y pastores
- 4 Dolores de visitación
- 6 ¿Qué pasó con la familia que ora unida?
- 9 Estado de ánimo en el ministerio
- 16 Salud y temperancia
- 18 La mayordomía en sus aspectos más amplios
- 24 La iglesia e Israel
- 27 Creo en Jesucristo (2ª parte)

DIRECTOR
Rolando A. Itin

CONSEJEROS
Carlos E. Aeschlimann
Daniel Belvedere
José Bessa

REDACTORES
Alberto Novell
Daniel Scarone

MINISTERIO adventista Revista publicada bimestralmente por la Asociación Ministerial de las divisiones Interamericana y Sudamericana de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Impresa en la República Argentina mediante el sistema offset en los talleres gráficos de la Asociación Casa Editora Sudamericana, Avda. San Martín 4555, 1602 Florida, Buenos Aires.

REGISTRO NACIONAL DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL
N° 136036

CORREO ARGENTINO Florida (B) y Central (B)	FRANQUEO A PAGAR Cuenta N° 199
	TARIFA REDUCIDA Concesión N° 8.706

Amebas, leucocitos y pastores

QUIZA nunca se le habrá ocurrido relacionar el trinomio de nuestro título, a menos que usted sea un bioquímico cristiano y tuviera la oportunidad de ver y estudiar esos dos corpúsculos tan parecidos en su aspecto exterior, como lo son la ameba y el glóbulo blanco.

Cuando hablo del aspecto exterior, me refiero al que se capta a través del microscopio, ya que la ameba mide apenas entre 18 y 25 milésimos de milímetro de diámetro. Con razón se nos ha dicho que la ameba es una de las formas de vida más elementales que se conocen; por eso, suele ser lo primero que se estudia en biología. Pero a pesar de su simplicidad, es más que materia. Tiene vida y cumple todas las funciones básicas que nosotros realizamos: respira, digiere, excreta, se reproduce y se desplaza.

Si comparáramos las amebas con los glóbulos blancos, diríamos que se parecen bastante, pero cuando estudiamos su conducta afloran algunas diferencias típicas que también hallamos entre pastores y pastores. Pero antes de aclarar este asunto, hablemos un poco de los leucocitos, esos gendarmes o fuerzas armadas que protegen nuestro cuerpo.

Un médico cristiano que utiliza a los leucocitos como metáfora, comenta que si todo transcurre con normalidad, los glóbulos blancos impresionan como ineficaces y hasta perezosos, vagabundeando, desplazándose por el torrente sanguíneo o linfático. Sin embargo en cuanto surgen gérmenes o microbios infecciosos parecería como si una alarma hubiera proclamado el alerta rojo y, de todos lados, hasta atravesando las paredes de los capilares, acuden al foco infeccioso y comienzan a engullirse al invasor. Dentro de su cuerpo el glóbulo blanco tiene gránulos de explosivos químicos los cuales comienzan a detonar una vez que el invasor ha sido tragado, destruyéndolo. Pero, generalmente, el leucocito muere en esta acción heroica.

Pablo dijo que la iglesia es el cuerpo de Cristo. Puesto que él vivió quince siglos antes que Zacarías Janssen inventara el

microscopio, es probable que no supiera siquiera que existían las amebas y los glóbulos blancos, y ni habrá soñado con que hoy los usaríamos en el contexto de su metáfora. Pero lo vamos a hacer porque los dos habitan en el mismo cuerpo, sólo que bajo condiciones muy diferentes.

En el caso de la ameba, ella *vive del cuerpo*. Eventualmente podría salir del cuerpo y vivir fuera del mismo dado que no forma parte de éste. Ella se integró al cuerpo pero como un parásito.

Al llegar a este punto me acuerdo de lo dicho por San Juan, respecto a los creyentes que "salieron de nosotros", porque "no eran de nosotros" (1 Juan 2: 19), y me estremezco al pensar que alguno de nosotros pudiera ser un pastor dentro del cuerpo de Cristo, que cobra su salario como lo haría un profesional no identificado con la empresa de la cual vive. ¡Sería terrible!

Por el contrario, ¡qué bueno sería si fuésemos pastores semejantes a los glóbulos blancos, que viven para el cuerpo y que, al igual que Cristo, dan su vida por la salud del cuerpo!

Sin embargo, creo que coincidiremos en que los frutos son sólo el testimonio externo de un problema más profundo. Entonces, ¿qué es lo que hace la diferencia? La naturaleza de uno y de otros. En relación con el cuerpo físico la ameba es independiente, mientras que el glóbulo blanco pertenece al cuerpo, por eso vive para él. Y aquí es donde la metáfora y la realidad se separan, porque la ameba no puede cambiar su naturaleza mientras que usted y yo, pastor, podemos experimentar un cambio de naturaleza. "Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios" (Juan 1: 12, 13). Y tener esa naturaleza significará ser "pastores leucocitos", que viven y se sacrifican por la salud del cuerpo, "así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella" (Efesios 5: 25).

Daniel Belvedere

Dolores de visitación

Juan Savage

Uno de los aportes valiosos del ministerio de visitación a los miembros inactivos, es que provee una especie de proceso purificador tanto para el que hace la visita como para quien la recibe.

LA RAZON por la cual la mayoría de las iglesias no tiene un programa de visitación de sus miembros inactivos no es por falta de interés hacia ellos. Más bien se debe al considerable dolor que se evoca en el proceso de visitación.

El dolor del miembro inactivo ha sido cuidadosamente estudiado en años recientes. Muy a menudo se ha encontrado que el centro del problema consiste en un "evento provocador de ansiedad" en la vida del individuo o en la vida de la congregación. Este evento es el que produce desajustes emocionales, ansiedad y, generalmente, enojo en las personas, y puede ser estimulado por un sinnúmero de situaciones.

Recuerdo una de las primeras visitas que hice a un miembro inactivo. Era una pareja de mediana edad que se había separado de la iglesia un año después que asumí mi pastorado. Habían permanecido inactivos unos cuatro años. Si bien devolvían sus diezmos esporádicamente, no asistieron a ninguna reunión ni programa de la iglesia ni culto alguno durante ese período de cuatro años. Cuando los llamé y concreté una entrevista, se

mostraron muy dispuestos a recibirme. Era un nevado día invernal en Rochester, Nueva York, cuando llegué a la casa de ellos. Charlamos sobre asuntos superficiales. Y entonces la esposa me dijo:

"Usted no ha venido aquí durante estos cuatro años. ¿Por qué?" El tono de la voz era hostil y la pregunta no intentaba averiguar nada sino que revelaba un oculto resentimiento. Le respondí: "No sabía que personas como ustedes, que fueron una vez tan activos en la iglesia, sufrieran tanto en el proceso hacia la inactividad. En verdad no percibí el pedido de ayuda de ustedes y sinceramente lamento mucho mi insensibilidad. Espero que me puedan perdonar". La señora comenzó a llorar. Su esposo vino y se sentó junto a ella en el sofá y puso el brazo sobre sus hombros. Durante las siguientes dos horas, allí sentado, dejé que compartieran su profundo dolor interior por haber abandonado la iglesia.

Yo había sido el elemento desencadenante de ansiedad que provocó su alejamiento. Al escucharlos, pudieron expresar su hostilidad hacia mí relacionada con un problema ocurrido

hacia ya cuatro años. Contaron cómo habían perdido la comunión en la cual habían encontrado amor y solaz; cómo se sintieron tristes por su alejamiento de mí, pero no supieron lograr la reconciliación. Dijeron que, por ese lapso, sus hijos habían estado fuera de la escuela de la iglesia y también apartados de la comunión con los jóvenes, y que ellos se sentían inadecuados como padres. Finalmente, una vez que abandonaron la iglesia, no supieron cómo regresar airosos, por lo que permanecieron alejados de ella. En realidad, habían solicitado mi ayuda a través de la Comisión de Relaciones Pastor-Parroquia, pero en ese momento no atendí los pedidos de ayuda que la gente me hacía antes de alejarse. Si hubiera sido sensible a ellos entonces, habría evitado mucho dolor para ellos y para mí mismo.

Un segundo ejemplo clarificará algunos aspectos íntimos del dolor que produce el abandonar la iglesia. Durante mis primeras investigaciones en relación con la visitación de miembros inactivos (de las que resultó el libro *The Apathetic and Bored Church Member*), entrevisté a una pareja de unos treinta años. Hacía unos seis meses que habían perdido a su hijo de tres años. El pastor de la iglesia a la que se habían trasladado, había hecho sólo un llamado telefónico después de la muerte del niño, y ningún miembro de la iglesia vino a visitarlos en ese tiempo de profunda aflicción. Tanto el esposo como la esposa lloraron abiertamente durante mi visita. Sentían un tremendo dolor, no sólo por la pérdida del niño, sino también por la falta de apoyo de la feligresía de la iglesia, que tanto necesitaban en ese momento. Se encontraban en medio de un proceso de alejamiento rápido de la iglesia, desilusionados de los hermanos y chasqueados de su pastor. Este dolor existencial fue traumático para su misma existencia, y les exigió todo lo que tenían para aferrarse a la vida.

Estas dos situaciones no son excepcionales en las visitas a los miembros inactivos. Casi sin excepción, en cada familia inactiva descubrí un gran dolor interior cuando se hablaba de la iglesia, de sus miembros, de su pastor, o aun de Dios mismo.

La congregación sabe intuitivamente que cuando usted visita a un miembro de iglesia inactivo se va a encontrar con hostilidad, ira y culpa. Y son muchas las personas que no saben cómo relacionarse adecuadamente con

quien padece un dolor profundo. Evitamos a esas personas y, por lo tanto, añadimos aun más dolor al que ya están experimentando. Esto conduce a la segunda parte del dilema: el dolor del visitante.

Cuando, como visitador, escucho la historia del dolor ajeno, mis emociones reciben un impacto. Oigo las palabras, veo la persona, veo sus ademanes, escucho la verdad que brota del relato. La hostilidad ajena generalmente me provoca enojo. Su autocondenación provoca culpa. su actitud de descuido puede producir sentimientos personales de rechazo y pensamientos de disgusto. La dinámica que ocurre produce una conciencia en mí que no deseo confrontar. Mi tentación, como visitante, es evitar toda situación que despierte tales reacciones en mí, pues no deseo tratar con mis propias luchas internas.

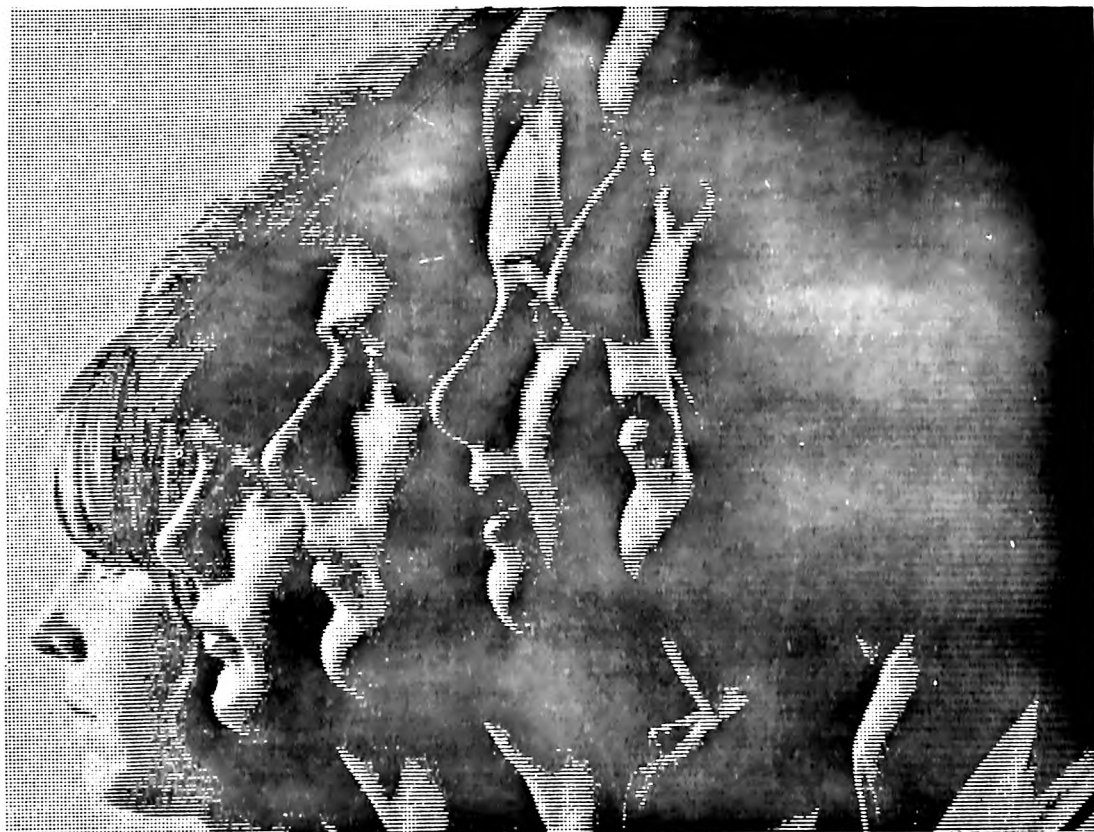
Uno de los aportes valiosos del ministerio de visitación a los miembros inactivos, es que provee una especie de proceso purificador tanto para el que hace la visita como para quien la recibe. Para ser un visitador efectivo se debe desarrollar la capacidad de escuchar realmente, y se debe estar consciente de los propios sentimientos íntimos. Al visitar a otra persona nos ponemos en contacto con nuestra propia lucha, y esa conversación nos permite trabajar con ella más bien que evitarla en forma permanente. Sin embargo, mi visita puede ser utilizada por Dios para efectuar la reconciliación con la persona que estoy visitando, para hacerle saber que hay otras personas que se preocupan, y que honestamente puedo escuchar su dolor aunque me duela.

No conozco nada teológicamente más significativo que esta clase de relación; el dolor de Dios es más profundo que cualquier otro que pudiera yo mismo sentir cuando una de sus ovejas perdidas se aleja del rebaño. Pero su gozo es mucho mayor cuando esa oveja regresa; cuando el hijo pródigo vuelve.

La visita a los miembros inactivos es una actividad profundamente teológica que está en el corazón del Evangelio. Porque el Evangelio, después de todo, es el mensaje de la reconciliación.

Juan Savage, doctor en Filosofía, es presidente de LEAD Consultants, Pittsford, Nueva York. Es una autoridad, popular y respetada, en cuanto a reincorporar miembros de iglesia inactivos. Usado con permiso de *Church Growth: America*.

¿Qué pasó con la familia que ora unida?



Denise Turner

CADA tarde a las 6:30 en punto, con la mesa limpia de los platos de la cena, todos se arrodillan frente al altar de familia. Cuando papá abre su Biblia de gran tamaño es el momento indicado para que mamá y las niñas comiencen a tomar notas. Los pequeños permanecen ocupados subrayando los pasajes en sus pequeños Nuevos Testamentos con sus lápices de fieltro de color amarillo. ¡Qué familia maravillosa!

Nunca he visto una familia así; quizá sólo exista en las páginas de un viejo folleto de la Escuela Dominical. No sé si esto es bueno o malo, y probablemente no importe mucho. Lo que sí realmente importa es resolver cómo la fe cristiana puede entrelazarse mejor con la vida familiar en el mundo de hoy.

—Querido —le dije a mi esposo—, ¿por qué no despejamos la mesa de los platos de la cena y nos arrodillamos ante el altar familiar cada noche a las 6:30?

—¿Qué altar familiar? —exclamó. ¿Acaso estás pidiendo un nuevo mueble?

—Lo que quiero decir, querido, es por qué no tenemos un momento de devoción familiar cada noche a las 6:30.

—Probablemente porque ninguno está en casa a esa hora —dijo mi esposo, conteniendo su risa. Y por otra parte yo no alcanzaría a ver mi telenoticiario favorito, y no creo que Dios quiera que me lo pierda. Pero hablando en serio, ¿por qué no buscamos algo mejor?

Algo mejor. Eso es. La combinación de la fe cristiana con la vida familiar contemporánea está necesitando algo mejor. La antigua costumbre del culto de familia parece haberse extinguido en la sociedad actual, pero, ¿dónde encontrar "algo mejor"? Al día siguiente comencé a recoger la opinión de algunos de mis amigos cristianos.

—Quizá nosotros no seamos lo suficientemente piadosos —dijo uno de ellos—, pero creo que la escena que tú me estás describiendo no funcionaría en casa. Tenemos el tipo de hogar donde los niños del vecindario saltan sobre las

camas, hay que sacar a pasear al perro, y el teléfono está sonando continuamente.

—¿No nos sucede a todos lo mismo? —me lamenté.

Otra amiga me dijo que a ella le era difícil lograr que sus tres niños permaneciesen sentados y quietos en la iglesia los días de culto. “Si debo someterme a un estrés semejante cada vez que asisto a la iglesia —se quejó—, temo que muy pronto desaparecería el concepto de la maternidad cristiana de nuestra familia”.

Una tarde, poco después de concluir con mi encuesta, estaba en casa preparando la ensalada. Mi esposo y mi hija habían tomado a Ana, la muñeca de trapo, y la paseaban sobre sus hombros.

—Si sólo pudieran verlo ahora sus amigos del club —musité.

Cuando me dio la impresión de que estaban tomando un respiro en sus juegos, llamé a mi esposo al living y le pregunté:

—¿Qué quieres que tu hija recuerde más de su época de crecimiento en esta casa?

—Que este es un hogar cristiano, supongo —fue su respuesta.

—¿Y en segundo lugar? —continué.

—No lo sé —dijo mi esposo—. Probablemente que tenemos mucha alegría aquí.

“¡Eso es! —pensé. Ese es el elemento que falta en mi lucha porque mi familia sea creyente: la alegría”. Un padre puede machacar la Biblia por años sobre sus hijos, pero si el pequeño no ve un gozo real en la vida de sus padres, entonces cualquier intento de culto familiar fracasa automáticamente. Un estilo de vida cristiano vigoroso, por el cual valga la pena vivir y morir, con sus días llenos de entusiasmo, aventura, y alegría, es lo que hace que un niño quiera crecer para ser semejante a “papá y mamá”.

Mi familia tiene actualmente un momento diario de culto. Por supuesto, es nuestro propio estilo de devoción familiar. Creemos que cada familia, por ser única, probablemente necesite idear su propio estilo.

Nuestra “característica” simplemente consiste en un corto período que apartamos cada mañana para leer la Biblia y hablar unos con otros y con Dios. Es un momento informal, mayormente porque nosotros somos una familia informal y porque Dios siempre se ha sentido a gusto en nuestro hogar. Cuando alguien desea reír, reímos junto con él. Si alguien siente deseos de llorar, lloramos con él; ésa es la forma de ser que nos gusta. Y ésa es la forma en que queremos que nuestra hija co-

nozca a Dios. Ella nunca sería capaz de soportar las presiones del mundo actual sin esa clase de relación personal con su Padre celestial.

Nuestro momento de devoción familiar nació de la necesidad. Naturalmente, mi esposo y yo sentimos que el papel de modelos de vida cristiana de los padres es el elemento más importante para los chicos en el hogar. Además, sentíamos la necesidad de tener un momento estructurado de culto familiar. Lo necesitábamos para nosotros mismos y también para nuestra hija. Cuando ideamos nuestro estilo de culto, hablamos acerca de la dificultad de encontrar un “pedazo” de tiempo en nuestro día rebosante de tareas. Concordamos en que las familias están constantemente cambiando y creciendo, y que cuando nuestra hija sea mayor posiblemente necesitemos planificar algo diferente. Pero también estuvimos de acuerdo en que el culto familiar es extremadamente importante en un hogar cristiano. Y de acuerdo con esto organizaríamos nuestras prioridades.

Yo sé que algunos padres oran con cada uno de sus pequeños cada noche, y planifican reuniones familiares cuando son necesarias, y sienten que una forma de devoción familiar diferente no se adaptaría a ellos. Otros piensan que cenar juntos y hablar acerca de un asunto serio es casi una “misión imposible”. Sin embargo, hay algunas familias que son capaces de exigirse un poco más de tiempo. Estas podrían visitar una librería, elegir un libro favorito, y planificar algunos momentos de lectura y discusión en las noches. O pueden planificar una “sesión de repaso” familiar de la última lección de la Escuela Dominical.

Otras familias se toman una hora al fin de cada día para estudiar juntos un libro devocional, o intentan uno de esos métodos creativos de estudio bíblico bosquejado en algunas publicaciones. Y a veces las cosas pequeñas son más importantes de lo que parecen. Un amigo hace poco me dijo que su esposa siempre recorta un pensamiento devocional breve para ese día y lo coloca sobre la mesa en el momento del desayuno. A lo largo de los años él se ha dado cuenta de cuánto lo ha ayudado ese pequeño gesto a moldear la fe de su familia.

Hay muchas otras posibilidades. Lo más importante es que cada miembro de la familia tenga voz en la planificación del culto familiar, y en las conversaciones acerca de las cambiantes necesidades de la familia. Además, el desarrollo espiritual de cada uno de los individuos

debe tener primordial importancia. Cada cristiano necesita un momento privado con Dios y un momento para unirse con un grupo de cristianos y estudiar, orar y adorar. Esa es la única forma mediante la cual una persona puede aportar algo significativo en el momento del culto familiar.

Tomando todo esto en consideración, aquí brindamos algunas ideas más para el culto familiar:

1. Las familias que tengan niños pequeños pueden animarlos a representar las historias bíblicas. Los padres pueden también dejar que cada niño cuente sus propias historias antes de ir a acostarse, en las que repasen los acontecimientos de ese día, y luego orar.

2. Los adolescentes y jovencitos pueden disfrutar de la representación de un cambio de papeles. El culto puede centrarse en un tema bíblico y presentar una situación imaginaria relacionada con el tema, en la que uno de los niños desempeña el papel de un padre y viceversa.

3. A medida que pasa el tiempo, un cuaderno familiar de oración puede convertirse en un preciado recuerdo. Comiencelo colocando los pedidos de oración familiar, y luego explique cómo y cuándo esas oraciones finalmente fueron respondidas.

4. Utilice algunos de sus momentos de culto para planear una salida familiar que pueda profundizar su fe. Asistan juntos a un concierto cristiano, o vayan a escuchar a un orador interesante. También puede ser buena una caminata en medio de la naturaleza, siempre que ésta no sustituya la asistencia a la iglesia.

Por supuesto, una actitud de fe es el ingrediente necesario en cualquiera de los métodos de adoración familiar. El éxito se encuentra en la constante actitud de oración para que Dios nos ayude a ver todas las cosas en la vida con ojos espirituales. Se encuentra en el padre que al ver el arco iris le explica a su hija el mensaje que está detrás de él. Se encuentra en la madre que canta "Mi Dios me ama" mientras acuna a su pequeño.

Puede ser que esto lleve un poco de tiempo, esfuerzo y experimentación, pero el culto familiar puede ser adaptado a las necesidades de esa familia única y cambiante. Probablemente es demasiado fácil desistir, pero tener un matrimonio feliz y niños cristianos bien criados no es una casualidad. Los miembros de las familias que son flexibles, crecen y varían su forma de culto para satisfacer sus necesidades ya saben esto.

Recuerdo la primera vez que nos salteamos nuestro culto familiar. Me pasé todo aquel día como esperando que en cualquier momento fuera desintegrada por un rayo. Pero no sucedió eso, y aquel día, para mi sorpresa, transcurrió tranquilamente.

—¿Has pensado alguna vez que nuestro culto matutino es un hábito sin significado o un ritual vacío? —le pregunté a mi esposo aquella noche luego de la cena.

—Un hábito y un ritual pueden ser, pero no sin significado ni vacío —dijo. Además hay algo que se puede argüir en favor de unos pocos hábitos y rituales en la familia —agregó.

Tenía razón. Al hablar de esto, admitimos mutuamente que hay algunas mañanas cuando nos sentimos como si estuviésemos representando un personaje.

—Pero —me dijo mi esposo—, la Biblia no nos dice que debemos poner énfasis en nuestros sentimientos. Se supone que debemos poner énfasis en nuestra fe.

No necesito decirlo, pero decidimos continuar nuestros cultos diarios. El esquema y el momento están sujetos a cambios, pero la necesidad de poner a Dios en el primer lugar en nuestra familia no es una variable. Necesitamos realizar un culto como familia. De hecho, si no hubiésemos pasado tantas mañanas representando un papel, posiblemente nunca hubiéramos experimentado las alturas espirituales a lo largo del camino. Si nunca hubiésemos "representado un papel", no hubiéramos sido capaces de hablar de Dios en nuestra familia con facilidad y sin sentirnos avergonzados.

"Representar un papel" en nuestra familia ha dado como resultado una especie de unidad espiritual en el matrimonio que hace que cada uno de los demás aspectos de la vida matrimonial sea pletórico y fantástico. Ha ayudado a iniciar el desarrollo espiritual de una niña que ahora tiene una buenisima oportunidad de crecer conociendo esta verdad: los tres grandes objetivos no son la riqueza, el poder o la gloria, sino "hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios".

"No", me dije el primer día cuando mi hija pidió dirigir nuestra oración, "mi concepto del culto familiar realmente no está pasado de moda, después de todo. Sólo necesita ser mejorado". ■

La escritora Denise Turner vive en Middletown, Ohio. Este artículo fue condensado de otro publicado en Christian Herald, en 1979. Usado con permiso.

Estado de ánimo en el ministerio. Un estudio de la esposa del pastor como persona

Carole Luke Kilcher, Roger L. Dudley,
Des Cummings, h. y Greg Clark

“Estado de ánimo en el ministerio. Un estudio del pastor como persona” apareció en la revista *Ministry* de diciembre de 1981.

Ese artículo informa sobre la primera parte de un estudio conducido por el Instituto de Ministerio de la Iglesia de la Universidad Andrews, que le fuera encomendado por el Departamento Ministerial y de Mayordomía de la Asociación General. La segunda parte del informe, que sigue a continuación, examina el papel de la esposa del pastor y los problemas que enfrenta este sector del equipo pastoral.

NO EXISTEN cursos académicos para llegar a ser esposa de pastor. Simplemente ella se casa con alguien que está planificando ser un ministro o alguien que ya lo es, o que luego del matrimonio llega a serlo. Debido a la naturaleza del trabajo de su esposo, la esposa del pastor está comprometida, preparada o no, con su trabajo. No hay norma de éxito o fracaso; ella es quien debe fijar su propia norma en cuanto a

su satisfacción, o no, en su trabajo como primera dama de la parroquia.

El Estudio del Crecimiento de la Iglesia en la División Norteamericana fue la primera investigación importante realizada por la Iglesia Adventista del Séptimo Día que incluyó a las esposas de pastores adventistas (véase “Una nueva perspectiva para la esposa del pastor”, *Ministerio Adventista*, enero-febrero de 1982).

Los resultados de ese informe indicaban la necesidad de una consideración más detenida de la esposa del pastor. Por ello se orientó un segundo estudio hacia el bienestar de la esposa del pastor. Este cuestionario, llamado "La cónyuge del pastor como esposa y como persona", fue enviado a 238 esposas de pastor. Se recibieron 157 encuestas utilizables. Cuando los resultados de este informe se comparan con el estudio del estado de ánimo hecho entre los pastores (el otro estudio realizado con los esposos de las participantes), se obtiene un panorama del espíritu que reina en el hogar del pastor adventista.

El perfil de la esposa

Cada uno de los primeros trece puntos fue presentado como una declaración con la que la esposa podía discrepar fuertemente, discrepar en algo, permanecer neutral, coincidir en algo, o coincidir plenamente.

Una observación detenida de la Tabla 1 nos indica que a los pastores y sus esposas les resulta más fácil tomar juntos decisiones importantes que hablar juntos en cuanto a sus sentimientos más íntimos. El ítem: "mi esposo siempre consulta conmigo antes de tomar una decisión importante (como, por ejemplo, aceptar un llamado)" fue el más alto, tanto en porcentaje (94%) como en promedio (4.7). Sólo el 3% discrepó con la declaración. Fueron menos, sin embargo, las que aceptaron tener una relación franca que les permitiera discutir libremente sus

sentimientos más íntimos con su cónyuge. En este punto el 83% coincidió. Y sólo el 80% de los pastores participa regularmente del culto familiar en el hogar.

Un programa de educación permanente, que atienda las necesidades específicas de la esposa de un pastor, se encontraba en segundo lugar, pues el 89% de las esposas manifestó esta necesidad y el 75% informó que ahora disponía de un programa efectivo de crecimiento personal.

El aspecto feliz del informe es que el 85% de las damas disfruta siendo esposa de pastor y el 82% siente que ha tenido éxito en ese papel. La idea de un consejero, que no dependa de la administración del campo, y con quien los pastores y sus esposas pudiesen discutir los problemas, recibió la oposición de sólo el 5% de quienes respondieron.

El hallazgo más alarmante es que el 57% de las esposas se sienten solas y aisladas en el ministerio. El ítem: "a veces me siento culpable de tomar tiempo del trabajo de mi esposo para mis necesidades personales", demostró que el 37% de las esposas experimenta sentimientos de culpa. Además, el 21% a veces desea que sus esposos abandonaran el ministerio pastoral.

Sólo el 13% coincidió con que los hijos del pastor crean más problemas para sus familias que los demás niños de la iglesia. Un 12% sintió que los miembros de iglesia no la aceptaron como una persona con necesidades semejantes a las de los demás.

Tabla 1 - Respuestas a los ítems en la escala "de acuerdo/en desacuerdo"

Ítems	% en desacuerdo	% de acuerdo	Promedio
1. Programa de crecimiento personal	11	75	3.85
2. El esposo participa del culto regular de familia	13	80	4.09
3. Interés en un programa de educación permanente	3	89	4.41
4. Disfruta siendo esposa de pastor	4	85	4.24
5. Cree tener éxito como esposa de pastor	3	82	4.05
6. Piensa abandonar el ministerio pastoral	68	21	1.94
7. Siente culpa al distraer a su esposo de su tarea	50	37	2.68
8. Debe proveerse un consejero que no dependa de la administración	5	74	4.07
9. Los hijos de pastor crean más problemas que los demás niños	72	13	2.00
10. Sentimiento de soledad y aislamiento en el ministerio	24	67	3.53
11. El esposo y ella dialogan antes de tomar una decisión importante	3	94	4.70
12. Existe una relación franca con el esposo	6	83	4.22
13. Lo acepta como un individuo con necesidades	12	71	3.80

Se consultó si las esposas alguna vez se preocuparon excesivamente o incomodaron por los siete aspectos indicados en los ítems 14 al 20 (véase Tabla 2). El mayor índice de preocupación (un 72% de las esposas) fue "disponer de suficiente tiempo para la familia". Estrecha-mente asociado a esto se encuentra el ítem de interés que le sigue, "preocupación por las finanzas". Este aspecto mereció el promedio más alto (2.83) y fue respondido por un 68% de las esposas.

Más de la mitad (63%) de las esposas se preocupaba por ser competente como esposa de pastor. Ya ha sido mencionado que la mayor

preocupación de las esposas de pastor fue disponer de tiempo a solas para la familia, y este tema se repite en el ítem 20 que indica que "las necesidades ajenas tienen prioridad sobre la familia". Para el 58% de las damas ésta es una fuente de preocupación

La mitad de las esposas (49%) manifestó preocupación por las críticas de los miembros de iglesia hacia ellas, y a un tercio (33%) les importaba recibir la aprobación de los administradores de la asociación. Un tercio (32%) demostró preocupación por llevarse bien con los miembros de iglesia.

Tabla 2 - Respuestas a ítems de preocupaciones personales

Items	% nunca/excep- cionalmente	% a veces/ a menudo	Promedio
14. Le molesta la crítica de los feligreses	53	49	2.41
15. Preocupación por la aprobación de los administradores de la asociación	66	33	2.04
16. Preocupación por las finanzas	32	68	2.84
17. Preocupación por su competencia como esposa de pastor	37	63	2.70
18. Preocupación por llevarse bien con los miembros de iglesia	68	32	2.17
19. Preocupación por disponer de tiempo para la familia	28	72	2.83
20. Preocupación porque las necesidades ajenas tienen prioridad sobre las de la familia	41	58	2.63

Las alegrías más significativas

Las esposas recibieron cuatro preguntas para completar. Las respuestas a la pregunta: "El mayor gozo, o la oportunidad más importante para mí al compartir la labor con mi esposo, lo he encontrado en...", formaron treinta y cuatro categorías. Algunas de las escogidas por un porcentaje significativo de esposas de pastor se muestran en la Tabla 3.

Desarrollar amistades, tratar con las personas y encontrar compañerismo, son los aspectos que se destacan como la mayor fuente de alegría al compartir la tarea del esposo, en un 24% de las esposas. Siguiéndole en un

cercano segundo lugar, con 23%, estaba "ver cómo las personas se acercaban a Cristo/ganancia de almas".

Un análisis de la tabla nos lleva a la conclusión de que las esposas encuentran alegría al trabajar para otros en los ministerios misioneros y en la nutrición de la iglesia. Algunas respuestas características fueron:

- "Ver cómo la vida de las personas puede cambiar por nuestros humildes esfuerzos".
- "Trabajamos lado a lado con mi esposo. Dice que somos un equipo, lo cual significa mucho para mí".
- "La oportunidad de visitar juntos a los miembros de iglesia".

Tabla 3 - La mayor fuente de alegría al compartir su trabajo

Orden	Area	% de eleccion
1.	Amistad/encuentro con personas camaraderia	24
2.	Ver cómo las personas aceptan a Cristo ganancia de almas	23
3.	Nutrir el crecimiento espiritual/personal de la feligresia	17
4.	Visitación	14
5.	Tiempo juntos al compartir la obra/trabajo en equipo	12
6.	Ayudar a las personas en sus problemas y necesidades	10
6.	Ministerio orientado hacia los jóvenes y los niños	10
7.	Dar o ayudar en estudios biblicos	8
8.	Ver a las personas bautizarse/unirse a la iglesia	6
9.	"Tapar agujeros" en los distintos ministerios de la iglesia/ayudar en distintas actividades	5
10.	Crecimiento personal para el servicio	4
11.	Desarrollar dirigentes/participación laica en las actividades de iglesia	3
11.	Trabajar con las hermanas	3
11.	Ayudar en reuniones de evangelización	3
11.	Viajes/mudanzas	3
11.	Trabajar con nuevos conversos y participar de sus alegrías	3

Los mayores problemas para mí

La segunda pregunta para completar decía: "El problema o conflicto que ha sido más real para mí como esposa de pastor es..." Las respuestas fueron clasificadas en cuarenta y una categorías. Las elegidas por un porcentaje significativo de esposas aparecen en la Tabla 4.

Se debe observar que las causas de frustración son más variadas que las de satisfacción. El tema de la insatisfacción parece encontrarse en las áreas de conflicto entre las expectativas

que se tiene de ellas; la división entre el hogar, la iglesia y las responsabilidades de trabajo y sus propios sentimientos de capacidad para la tarea.

Algunos de los comentarios típicos fueron: "¡Las críticas dirigidas a mi esposo! Cuando veo a un pastor a punto de 'agotarse', y que es constantemente criticado por los asuntos más triviales, es difícil permanecer tranquila".

"Tener que mudarme mucho (cuatro cambios de distritos y seis mudanzas de casa en tres años)".

Tabla 4 - Los problemas más reales para mí

Orden	Area	% de elección
1.	Lo que se espera de mí	15
2.	Esposa/familia ocupe el segundo lugar detrás de su trabajo	14
3.	Sentimiento personal de incompetencia como esposa de pastor	11
4.	Mudanzas constantes/interrupciones por traslados	10
5.	No tener amistades íntimas/soledad	9
6.	Presiones generales en cuanto a tiempo	7
7.	Mi conflicto entre ayudar a los hijos y a mi esposo	6
7.	El trabajo fuera del hogar	6
8.	Saber que mi esposo es criticado/en conflicto con los feligreses	4
9.	Soportar las críticas en mi contra	3
9.	No tener oportunidades para desarrollo personal o profesional	3
9.	Las finanzas familiares	3
9.	No poder obtener un nuevo trabajo debido a las mudanzas	3
9.	La apatía de los hermanos/indiferencia hacia la participación	3
9.	Lo que esperan mis hijos	3
9.	Lo que espera mi esposo	3

"Las expectativas y demandas que otros depositan sobre una por ser esposa de pastor".

"No poder tener una amiga íntima con la que me pueda relacionar".

"Que mi esposo encuentre tiempo para pasar con su familia y tomar un día para estar con nosotros".

¿A quién ir en busca de consejo?

La tercera de las preguntas para completar fue ésta: "Si mi esposo y yo fuésemos confrontados con un problema personal, o familiar, recurriríamos en busca de consejo a...". Hubo doce respuestas a esta pregunta, como se ve en la Tabla 5.

El grupo mayor (34%) no confía en ningún otro ser humano y dice que confía sólo en Dios. Es interesante notar que cuando a los esposos se les formuló la misma pregunta, casi en el mismo número (35%) estuvo de acuerdo en que Dios era el único en quien podían confiar.

También se debe observar que, de todas las preguntas de respuesta para completar, ésta

fue la que más a menudo quedó en blanco, sugiriendo la posibilidad de que las respuestas "en ninguno" o "no lo sé/no estoy seguro" podrían muy bien haber sido más numerosas.

Que un 12% sienta que se puede acudir a los administradores de la asociación debería estimular la creciente percepción de que los administradores también pueden ser amigos y confidentes.

El hecho de que un 74% de las esposas convenga en que es importante que la asociación provea un consejero profesional que no tenga lazos administrativos indica una necesidad creciente, en esta área, que podía muy bien fortalecer el estado anímico de las esposas.

Tabla 5 - ¿A quién acudir en busca de consejo?

Orden	Area	% de elección
1.	Dios	34
2.	Un pastor amigo/la esposa del pastor	16
3.	Administradores de la asociación	12
4.	A nadie	8
4.	No lo sé/no estoy seguro	8
5.	Amigos íntimos	7
6.	Padres	6
6.	Consulta mutua (cónyuge)	6
6.	Un consejero profesional	6
7.	Familiares	4
7.	La Biblia	4
7.	Espíritu de profecía/Patrimonio White	4

Nivel de preparación académica.

Algunas estadísticas interesantes revelan el nivel académico completado por las esposas de pastor (Tabla 6). Una esposa realizó estudios de posgrado mientras que otra concluyó sólo la escuela primaria. El 31% de las esposas obtuvieron un título de nivel superior y más de la mitad (52%) completaron dos años de estudios superiores. Sólo el 7% había obtenido un título de magister.

A medida que un número creciente de pastores obtiene un magister en Divinidad, y crece el énfasis en alcanzar el título de doctor en Ministerio (Teología Pastoral), la brecha entre

el nivel académico de la esposa y el esposo se amplía. Eso podría indicar un área potencial de discordia matrimonial.

Las esposas manifestaron un sentimiento de incompetencia como esposas de pastor en varios ítems del cuestionario. La incompetencia intelectual no es una excepción. Una esposa escribió: "Intelectualmente, no me siento muy capaz de ser la esposa de un pastor".

Ante el interés de nuestros dirigentes denominacionales de proveer oportunidades para que los pastores continúen estudiando, sería bueno recordar que el 89% de las esposas también manifiesta esta necesidad. Es posible que al ofrecer a las esposas de pastor

oportunidad de continuar estudios, se pudiese aumentar su nivel de confianza propia. Esto también fortalecería su estado de ánimo.

Tabla 6 - Grado o nivel de educación alcanzado

Nivel	% de respuestas
Posgrado	0.64
Título universitario/magister	7
Cuarto año enseñanza superior	31
Tercer año enseñanza superior	8
Segundo año enseñanza superior	17
Primer año enseñanza superior	13
Segundo ciclo secundario	13
Primer ciclo secundario	0.64
Escuela primaria	0.64
Sin respuesta	8

Conclusiones

Son varias las conclusiones que pueden extraerse del informe que ha sido presentado hasta aquí.

1. Muchas damas están felices con su papel de esposa de pastor. De hecho, un buen número disfruta de la vocación y cree tener éxito en ella.

2. Además de estos sentimientos positivos hay conflictos. Una mayoría tiene serias preocupaciones. Dos tercios experimenta sentimientos de soledad y aislamiento en el ministerio, el 58% está preocupada por tener que considerar las necesidades de los demás como prioritarias sobre las de la familia, el 63% está inquieta por ser una esposa de pastor competente, el 68% manifiesta desvelo por las finanzas y el 72% revela inquietud por no disponer de suficiente tiempo familiar.

3. Una minoría informa otras preocupaciones - a veces una minoría muy pequeña. Sin embargo, cuando estos porcentajes son aplicados a todas las esposas de pastor, representan un número alto de esposas con problemas. Si bien no se guardan registros oficiales de las esposas de pastor, puede estimarse que son aproximadamente 2.500 las que están sirviendo en la División Norteamericana. Esto significa que el 21% que a veces desea que sus esposos abandonen el ministerio pastoral podría representar unas 565 esposas. Y el 37% que tiene sentimientos de culpa por tomar tiempo del trabajo de su esposo para sus necesidades personales, representaría a 925 damas. Aun el número relativamente bajo (3%) de aquellas

cuyos esposos no siempre las consultan antes de tomar una decisión importante, y el 6% que no tiene una relación franca con sus esposas, se transforman en 153 y 300 esposas respectivamente.

En los porcentajes mayores la situación es aún peor. Quizá 1.575 damas sienten preocupación por cumplir adecuadamente el papel de esposa de pastor, 1.675 a veces se sienten solitarias y aisladas en el ministerio, y 1.800 están preocupadas por no disponer de tiempo suficiente para la familia.

4. La mayor alegría que experimentan estas damas, al compartir el ministerio de sus esposos, gira en torno a la amistad con las personas, por verlas aceptar a Cristo, por participar en la nutrición de la vida espiritual y el crecimiento personal de otros, y por trabajar en equipo con sus esposos.

5. Los problemas más reales y conflictivos de las esposas del pastor involucran las expectativas que los distintos sectores (los feligreses, la asociación, la comunidad, su esposo) tienen de ellas, el sentimiento de desempeñar un papel secundario en la profesión de sus esposos, los sentimientos personales de incapacidad en su función, las frecuentes mudanzas, la ausencia de relaciones estrechas, la falta de tiempo en general y las presiones financieras. Si una esposa feliz equivale a un ministro feliz, la conducción de la iglesia debe desarrollar un sistema de apoyo para las esposas de los pastores y reestructurar la profesión pastoral con el propósito de eliminar o reducir muchas de estas áreas de conflicto. Se debe desarrollar un clima en el cual los pastores desarrollen vidas familiares sólidas como parte vital de su ministerio.

6. Es interesante notar que mientras que las frustraciones de los esposos (como se informó en el estudio paralelo del ánimo de los pastores) estaban en su totalidad relacionados con sus responsabilidades profesionales, los conflictos y problemas de las esposas estaban todos conectados con asuntos familiares y personales. Esto está en armonía con muchos estudios que revelan que el hombre consigue su identidad en los papeles relacionados con su trabajo, mientras que su esposa los obtiene de sus funciones relacionadas con la familia. Aquí están las raíces de los problemas. Los pastores pueden estar muy atareados con sus ocupaciones, y recibir mucho refuerzo positivo por sus buenas realizaciones, que los hacen olvidar con facilidad sus hogares. La esposa, concentrada en el hogar y en la familia, siente profundamente el descuido y la soledad. El

escenario está preparado para la rotura de la comunicación y la fisura en las relaciones.

7. La mayoría de las esposas de pastor (o sus esposos) no sabe adónde acudir en busca de asesoramiento cuando se enfrentan con un problema personal o familiar serio. La mayoría está de acuerdo en que proveer de consejeros cristianos profesionales y confiables, sin lazos de dependencia con la administración del campo, sería un suplemento bienvenido en el sistema de apoyo pastoral. Los administradores de asociación pueden pensar en esta inversión en la salud mental ministerial, como uno de los usos más sabios de sus recursos financieros.

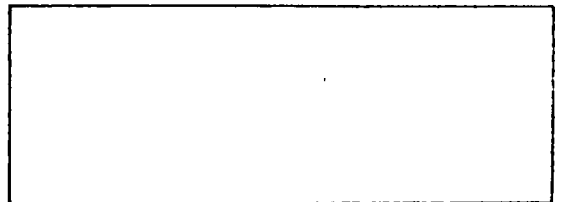
8. Las esposas de pastores no están suficientemente preparadas para sus funciones. Menos de un 8% cuenta con estudios de posgrado y menos de un 40% ha completado estudios superiores. Hoy un magister en Divinidad es la preparación básica para el pastorado, y un creciente número de pastores está alcanzando el título de doctor en Ministerio (Teología Pastoral). En tanto que la cantidad de educación formal nunca debe utilizarse como una medida para predecir el éxito o fracaso como esposa de pastor, la brecha entre la preparación académica de las esposas presenta dos áreas importantes de preocupación: a) a la esposa del pastor se le pide atender algunas de las mismas cosas que se le piden a su esposo, sin tener los recursos y la preparación que él recibió. b) Al ampliar la brecha entre la preparación del pastor y su esposa se incrementa la posibilidad de problemas de comunicación en el hogar. Esto requiere que un esposo sensible compense esta situación. Es imperativo que el esposo afirme públicamente el área en la cual su esposa elige ejercer sus dones especiales. Esto le dará libertad a ella para ser ella misma y servir en el lugar singular que ocupa en la relación ministerio-matrimonio. Para algunas damas, una posible solución de los problemas que afloran en esta investigación es llevar la vocación de esposa de pastor a un verdadero nivel profesional. Esto reclamará un renovado énfasis en la educación, antes y durante su servicio, para que la esposa desarrolle la función vital del ministerio. Por supuesto, cada esposa es un individuo, y ninguna debiera ser forzada a tomar este curso para cumplir su papel o hacer que se sienta culpable si no elige hacerlo. De todos modos debiera proveerse la oportunidad.

Otra posible solución sería crear un equipo ministerial opcional para parejas que ocupen funciones pastorales. Hay muchas formas en

las que una pareja puede ser más efectiva que una persona sola al cumplir con la misión de la iglesia. Las esposas que se sienten parte integrante del equipo es probable que no se sientan aisladas ni solas o frustradas. Las asociaciones deben buscar medios para alentar y preparar equipos ministeriales.

9. Nuestra estructura denominacional exige que los administradores estén fuera del hogar por días o, en alguna ocasión, hasta meses. El "sacrificio" que ellos hacen, de estar un tiempo lejos de la familia, se presenta ante los pastores y sus esposas como algo honorable y aceptable. Es hora de que se mire con preocupación esta tendencia a la luz del papel de ejemplo que ellos ejercen sobre otros. Es hora de afirmar el papel del pastor como padre, esposo y sacerdote del hogar, y reconocer su necesidad de vivir una vida equilibrada.

El nutrimiento de las relaciones familiares pastorales no es una desviación de la obra ministerial, una especie de mal necesario, sino que es fundamental. A menos que la pareja pastoral esté en armonía, trabajando unida con un sentido de gozo y misión, el pastor pronto se desanimará y la efectividad de su ministerio menguará o cesará. Aún más, la pareja pastoral presenta un modelo para la iglesia de lo que Dios desea que sea cada hogar: un ambiente afectuoso en donde cada miembro ama, colabora y anima a los demás en su peregrinaje hacia el reino de los cielos. ■



(Viene de la pág. 26)

¹C. C. Ryrie, *Dispensationalism Today* (Moody Press, 1965), págs. 132, 133. ²Ryrie, *The Basis of the Premillennial Faith* (Neptune, N. J., Louizeaux Bros., 1966), pág. 126. ³Ryrie, *Dispensationalism*, págs. 46, 47. ⁴*Ibid.*, pág. 138. ⁵Loc. cit. ⁶Véase G. F. Hasel, *The Remnant. The History and Theology of the Remnant Idea from Genesis to Isaiah* (Berrien Springs, MI, Andrews University, 1980, 3ª ed., págs. 207-215, para una ampliación de Amós 9: 11, 12. ⁷Edmond Jacob, *Theology of the Old Testament* (New York, Harper & Row, 1958), pág. 324. ⁸C. Westermann, *Isaiah 40-66. A Commentary. The OT Library* (Philadelphia, The Westminster Press, 1977), págs. 313-315. ⁹Véase E. Achtemeier, *The Old Testament and the Proclamation of the Gospel* (Philadelphia, The Westminster Press, 1973), págs. 93, 94. ¹⁰F. F. Bruce, en *The New Bible Dictionary*, J. D. Douglas, ed. (Grand Rapids, MI, Eerdmans, 1979), pág. 588. ¹¹G. F. Hasel, "Remnant", por aparecer en *The International Standard Bible Encyclopedia*, sección III C 2.

Salud y temperancia

Dra. Irma B. de Vyhmeister

CUANDO Miguel Angel Buonarotti terminó de esculpir la estatua de Moisés, con toda su belleza y perfección, por un momento creyó que la estatua vivía. Con su gran talento, había forjado del duro mármol una réplica de un modelo viviente. Pero la obra de arte de Miguel Angel quedó muda e inerte por los siglos, pues la vida es sólo patrimonio de Dios.

En contraste, Dios esculpió la obra maestra de la creación, y la convirtió de inerte modelo en un ser viviente. Esta obra no la puede duplicar el hombre. El aliento de Dios está fuera de su alcance.

Las mismas leyes que gobiernan y controlan el universo son las leyes que Dios inscribió con detalle en cada órgano, músculo y nervio del cuerpo humano. De acuerdo con las leyes de la genética, la vida misma nace de la fusión de dos células. Una nueva entidad se forma y se multiplica con rapidez. Al cabo de algunas semanas las nuevas células se diferencian en sus funciones según el tejido que formarán. Pero lo maravilloso es que hay una relación estrecha entre todo este conjunto de tejidos, órganos y sistemas, que mantiene al organismo entero en equilibrio. Este equilibrio es la salud que connota completo bienestar.

La intemperancia en los hábitos de vida rompe ese equilibrio y el organismo no puede resistir el impacto. Si la alteración es grave, el organismo enferma. Cualquier alteración en un miembro, tejido u órgano, resulta en un resentimiento de todo el cuerpo. La condición morbosa puede ser de tal gravedad que el cuerpo sufre, se debilita y muere. Por lo tanto, la indulgencia propia y la intemperancia destruyen al ser inexorablemente. Es entonces necesaria una reforma para que el organismo retorne a su estado de salud y bienestar. Los principios de esta reforma son los mismos que los de salud y temperancia que rigen la vida y mantienen sus procesos en equilibrio.

Elena G. de White, enfocando al ser humano como totalidad, dice: "Lo que corrompe el cuerpo tiende a corromper el alma" (*Consejos Sobre el Régimen Alimenticio*, pág. 67, párr. 78). "Requiere que nuestros hábitos en el comer, beber y vestir sean tales que aseguren la preservación de la salud física, mental y moral, para que podamos presentar al Señor nuestros cuerpos,

no como una ofrenda corrompida por los malos hábitos, sino como 'sacrificio vivo, santo, agradable a Dios' " (*ibid.*, pág. 67, párr. 81).

Dios creó un sistema de comunicación entre todos los sistemas del organismo y el medio ambiente que lo rodea. El sistema nervioso controla no sólo las funciones voluntarias como el movimiento de los músculos, el comer, el beber, el oír, el ver o el tocar, sino también las funciones involuntarias o vegetativas tales como el corazón y el aparato circulatorio, los pulmones y el aparato respiratorio, y el sistema gastro-intestinal. Estos están programados en tal forma que prosiguen sin la intervención de la voluntad o el pensamiento.

El órgano maestro, el cerebro, integra el dominio cognoscitivo y afectivo mediante la actividad electro-química de la mente. Los cinco (o más) sentidos son las avenidas del alma que proveen las sensaciones y percepciones que los nervios captan y elaboran. La mente es un órgano físico y, por lo tanto, los pensamientos y sentimientos son parte del trabajo de las células nerviosas, que tienen intereses comunes y funciones especiales. El cerebro controla nuestra vida y sus procesos y también los sistemas de apoyo. Cuando la persona muere, este proceso electro-químico deja de funcionar y la actividad de la mente cesa. La mente, en sí, es una entidad maravillosa que puede transmitir, guardar, devolver y procesar información como una eficiente computadora.

Las avenidas físicas de la mente también permiten el trabajo del Espíritu Santo, que ya tiene un sistema establecido que opera con eficiencia para la formación del carácter. El Espíritu se demuestra en sus diferentes frutos, que en realidad son componentes del carácter humano.

Al ser bloqueadas las avenidas de entrada a la mente, el Espíritu de Dios no puede operar. A ellas se refiere Elena G. de White cuando dice: "El Espíritu de Dios no puede venir en nuestra ayuda, y asistirnos en el perfeccionamiento de un carácter cristiano mientras estamos satisfaciendo nuestro apetito en perjuicio de nuestra salud, y mientras el orgullo de la vida nos domina" (*ibid.*, pág. 67, párr. 79).

La temperancia, podemos decir, es el vivir

o el funcionar dentro de los límites biológicos que fueron establecidos en la creación misma. Todos los sistemas o aparatos en el organismo colaboran en mantener el equilibrio biológico entre las sustancias en la sangre y en las células para permitir el mejor trabajo de los diferentes tejidos y órganos. Un buen ejemplo es el azúcar o glucosa en la sangre, cuyo índice varía de 70 a 100 miligramos por cada 100 mililitros de sangre, en ayunas. Valores por encima o por debajo del índice normal de glucosa acarrearán desórdenes que comprometen altamente la salud. Para mantener el nivel normal de glucosa en la sangre, diversos mecanismos entran en acción para asegurar este equilibrio y evitar las consecuencias que provienen del exceso o de la falta de este material.

Lo mismo ocurre con otras sustancias como el calcio, el hierro, la hemoglobina, la albúmina de la sangre y aun la alcalinidad o acidez de la sangre (pH). El mantenimiento de estos límites biológicos lo llamamos *homeostasis*, un término que se refiere a la resistencia que el organismo opone a cambiar sus condiciones internas.

El vivir manteniendo estos límites biológicos asegura la salud del cuerpo y de la mente. Varios factores nos ayudan a vivir efectivamente. Mencionaremos algunos:

1. **Dominio propio.**

Abstenerse de lo que es dañino, usar lo bueno con moderación y estar a cargo de la propia vida es difícil. Así lo expresó Pablo cuando dijo: "Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago" (Rom. 7: 19).

Sin embargo el mismo Pablo nos da la solución: "Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles" (Rom. 8: 26).

2. **Temperancia.**

"A fin de preservar la salud, se necesita la temperancia en todas las cosas: temperancia en el trabajo, temperancia en el comer y en el beber. Nuestro Padre Celestial envió la luz de la reforma pro salud como protección contra los males resultantes de un apetito degradado a fin de que los que aman la pureza y la santidad sepan cómo usar con discreción las buenas cosas que El ha provisto para ellos, y a fin de que por el ejercicio de la temperancia en la vida diaria, puedan ser santificados por medio de la verdad" (*ibid.*, pág. 25, párr.22).

3. **Vivir en plenitud.**

Vivir en paz y buena voluntad con nosotros mismos, con los que nos rodean y con quienes nos ponemos en contacto a diario, hará que nuestra vida sea abundante y feliz. Jesús mismo lo dijo: "Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia" (Juan 10: 10).

4. **Una alimentación racional.**

Las funciones del organismo dependen a diario de la ingestión de sustancias o nutrientes en los alimentos. Estos deben escogerse con cuidado para equilibrar las necesidades del organismo. Debemos beber suficiente agua mantener el equilibrio hídrico. Hay que evitar el exceso de grasas y azúcares que aumentan las calorías sin aumentar los nutrientes. La dieta debe ser integrada por granos o cereales sin refinar hasta donde sea práctico; leguminosas, nueces y semillas para complementar las proteínas; abundancia de frutas y vegetales para obtener vitaminas y minerales. Además, la leche y los huevos proveen excelente proteína y otros nutrientes. La falta de ciertos nutrientes es crucial para las células, incluyendo las células nerviosas que dependen de la sangre para obtener lo que necesitan. Hoy el enfoque de muchos estudios científicos es la relación de ciertos nutrientes con el trabajo del sistema nervioso, especialmente las sustancias neurotransmisoras, involucradas en los procesos mentales incluyendo la memoria.

Hay un gran campo abierto para la investigación en estos aspectos a fin de comprender el efecto de la alimentación sobre el desarrollo y la salud de la mente y el tejido nervioso. Los niños desnutridos a una edad muy temprana, tienen un número menor de células en el cerebro, e incluso el tamaño de esas células es menor. Lo que esto implica no se sabe con seguridad, pero estos niños no tienen la agilidad mental para aprender y para decidir como lo tienen los niños bien alimentados.

Nuestro cuerpo no es una estatua inerte forjada de un pedazo de mármol por el cincel y el martillo de un artista, sino es una creación viva, una obra de arte biológica, dotada del poder de razonar, decidir, pensar y sentir emociones. En su gran amor Dios proveyó la vía de comunicación con el hombre, el sistema nervioso, que permite el trabajo del Espíritu Santo para la formación del carácter que nos conduce a una vida abundante, y nos prepara para los goces de la vida del más allá. ■

La mayordomía en sus aspectos más amplios

Responsabilidad ante Dios

Lo esencial no es el diezmo, sino el que lo devuelve; no es el don, sino el dador; no es el dinero, sino el hombre; no las posesiones, sino el poseedor. La profesión no es suficiente: la realidad debe acompañar a la profesión. Cuidémonos de la doctrina de Simón el mago.

L. E. Froom

EN TODAS las épocas el mayor crimen ha sido la prostitución del dinero. La codicia ha sido uno de los enemigos más fieros que el hombre ha tenido. El sufrimiento que la maldición del oro ocasionó a la raza humana ha sido mayor que cualquier otro. Inspiró las acciones más viles y cobardes en la historia del mundo. Los imperios naufragaron, las naciones se arruinaron, continentes enteros se sumieron en las guerras más sangrientas y devastadoras, las familias e individuos se enzarzaron en las más agrias contiendas y reyertas, no por causa de las penurias o de la incipiente pobreza sino por un abuso equivocado e impío del dinero. La codicia, "el pecado que tememos mencionar", es uno de los pecados más mortíferos y condenados de los mencionados en la Biblia. Uno de los Diez Mandamientos se refiere exclusivamente a ella; y esto la señala como uno de los más fieros adversarios de la vida humana.

El pecado de la codicia no quedará sin

castigo. El desagrado divino cayó sobre Acán porque éste codició y hurtó un lingote de oro y un manto babilónico. Cayó sobre Giezi quien corrió tras Naamán y con palabras mentirosas consiguió dos talentos de plata y dos vestidos nuevos, y la lepra de Naamán vino sobre él. La muerte hirió a Ananías y Safira, quienes reservaron para sí parte del dinero prometido a Dios. Ese es el pecado al cual me refiero. Hay miles que están reteniendo y utilizando el dinero de Dios sistemática y habitualmente. El octavo mandamiento no dice: "No hurtarás --a menos que lo hagas al Señor". Todos debemos comparecer delante del trono de Cristo para ser juzgados por lo que hemos conseguido y por lo que hemos dado, por lo que hemos acumulado y lo que hemos gastado, por nuestros motivos y nuestros métodos. Todos han de ser traídos bajo la escudriñadora mirada de Aquel cuyos ojos son "como llama de fuego".

¿Podría intercalar aquí una palabra acerca

de la relación entre la espiritualidad y el dinero? Me he dado cuenta de que para muchos el asunto del dinero es un tema delicado. Ese sucio y vil metal al que llamamos dinero, al que pretendemos despreciar en momento de exaltación espiritual, es el que debemos evitar. Nuestra sensibilidad espiritual es tan delicada que tendemos a situarnos muy por encima de un asunto tan sordido. Cuando un predicador habla de dinero probablemente sea criticado por los que claman por el evangelio. Pero si el asunto del dinero no está incluido en el evangelio, entonces Jesús pasó una gran parte de su tiempo predicando y enseñando acerca de algo que está al margen del evangelio, y una gran porción del Nuevo Testamento trata sobre un tema que es ajeno al evangelio. El cristianismo práctico demanda la discusión del asunto del dinero. A menudo es la prueba de fuego de toda nuestra profesión.

Podríamos suponer que el mayor Maestro espiritual de todas las edades podría haberse reducido a discurrir sobre la fe, la esperanza, y el amor. Muchos se sorprenden al saber cuánto tuvo que decir Jesús en cuanto al uso apropiado o equivocado de las propiedades y el dinero. Este fue el tema de la mayoría de sus discursos y parábolas. Se nos dice que uno de cada seis versículos en Mateo, Marcos, y Lucas trata sobre el dinero, como también dieciséis de las veintinueve parábolas más importantes tratan del mismo asunto.

Lo que Jesús enseñó y dijo en cuanto al dinero

No importa lo que piensen los hombres, pero es de la mayor importancia conocer lo que Jesús enseñó y dijo acerca del dinero. Examinen rápidamente los aspectos más destacados de sus enseñanzas. Comiencen con el sermón más grande del mundo, en Mateo 6: 19-34. Tomen las frases: "No os hagáis tesoros en la tierra", "ninguno puede servir a dos señores", "no os afañéis... que habéis de comer y que habéis de beber", "mas buscad primeramente el reino de Dios... y todas estas cosas os serán añadidas". En Mateo 19: 16-22 encontramos la entrevista que mantuvo con el joven rico. Note las palabras: "Vende todo lo que tienes", "dalo a los pobres", "ven y sígueme".

El problema de aquel joven era que se consideraba dueño y no mayordomo. Si él hubiera tenido la verdadera visión, no habría tenido dificultad en separarse del dinero del Señor. Dios puso a prueba a Abrahán, pero no

le permitió completarla. Cristo puso a prueba al joven rico, y éste falló. Si hubiera comenzado a llevar a cabo el consejo dado por Jesús, sin duda el Maestro lo hubiera detenido. El no quería su dinero; lo que quería era salvar su alma. "¿Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!" (Mar. 10: 23).

Cuando Jesús terminó de hablar con el joven rico, Pedro preguntó: "¿Qué, pues, tendremos?" Y Jesús le aseguró que satisfaría cien veces las necesidades materiales además de la vida eterna. (Mat. 19: 27-29.) Luego en Mateo 20 está la parábola del señor de la viña. En Mateo 21 la de los labradores malvados. En Mateo 22 los fariseos procuran entrapar a Jesús en el tema de los impuestos y diezmos. El les respondió: "Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios". Aquí Cristo reconoce el derecho que el estado tiene de gravar con impuestos a los ciudadanos. La conexión se presenta en forma clara y lógica pues El se refiere al diezmo en la misma frase, cuando habla de nuestra relación con Dios.

En Mateo 23 Jesús pronuncia los ayes sobre aquellos diezmadores literalistas, pero que groseramente violaban el espíritu del diezmo. En Mateo 25 está la parábola de los talentos. El Maestro repite el principio vez tras vez: Dios ha colocado estos talentos bajo custodia, y somos responsables de ellos ante El. En Marcos 12 Jesús habla nuevamente de tesoros, y brinda la lección de la viuda y de las dos blancas. ¡Qué pensamiento! Dar dinero —una manifestación de nuestra vida religiosa— es contemplado por Cristo! Luego en Lucas 12: 15 está esto: "Guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee". Y también en el capítulo 12 hallamos la parábola del rico insensato y la pregunta sobre la provision acumulada: "¿De quién será?"

En Lucas 16 se encuentra la parábola del mayordomo infiel. El pensamiento clave es la mayordomía y la propiedad de Dios. No podemos hacer una investigación tal sin quedar profundamente impresionados con el hecho de que respecto a este asunto del dinero no sólo existe un gran peligro, sino que también hay abundancia de consejos y ayuda.

Para que podamos escapar de las trampas del oro necesitamos la poderosa protección de la gracia divina mediante la seguridad que nos brinda una relación de mayordomía con Dios. Esto es especialmente cierto en estos últimos días de creciente codicia. En la Biblia aparecen

Verdaderamente es solemne ser un mayordomo. Se requiere de los mayordomos que lleven y rindan cuentas. Cuando los principios de la mayoría señoreen en nuestras vidas, se iluminarán nuestras almas, se fijará el propósito, los placeres sociales se despojarán de sus rasgos perjudiciales. . . y la ganancia de almas se transformará en una pasión.

abundantes referencias a la mayordomía desde el Génesis al Apocalipsis, y se extienden como una verdadera vía láctea a lo largo de sus páginas, completando unas 1.565 referencias. Por lo tanto, no creo que tenga que ofrecer ninguna disculpa por guiar vuestras mentes por un momento hacia esta fase financiera de la mayordomía.

Correctamente entendido y practicado, el diezmo es un acto de adoración tan esencial como la oración y la alabanza. La adoración es entregar el yo a Dios. El dinero, en cierto sentido, es una parte del yo, y representa la fuerza mental y muscular. "¿Qué pagaré a Jehová?" preguntaba el salmista. Alabanza, adoración, culto, corazón, vida y *dinero* es la respuesta. Tal reconocimiento no es otra cosa que un acto de adoración. Los cristianos de China llaman a los diezmos "dinero fragante". El incienso, con su columna de humo aromático que se eleva, ha sido siempre un símbolo de la devoción. "Y percibió Jehová olor grato".

Sin embargo, lo esencial no es el diezmo, sino el que lo devuelve; no es el don, sino el dador; no es el dinero, sino el hombre; no las posesiones, sino el poseedor. La profesión no es suficiente: la realidad debe acompañar a la profesión. Debe vigilarse cuidadosamente para ver si es una realidad o una simulación. Y el diezmo es la forma más tangible, personal, práctica, proporcional y poderosa de reconocer la *propiedad* de Dios y la *mayordomía* del hombre que se ha diseñado desde la creación del mundo.

En el Pentecostés hubo espiritualidad, no comunismo

Lo que describe Hechos no fue comunismo ni socialismo, como tampoco una nivelación de los que estaban mejor o peor. El comunismo se centraliza en "nosotros"; el corazón de la mayordomía en "otros". Están tan lejanos entre sí como los polos, y son tan disímiles como el

día y la noche. El socialismo es una filosofía fantasmal y falsa de la vida. Aquí está la amargura de esta doctrina: vive en la utopía de las medias verdades. Proclama ideales nobles de igualdad, fraternidad y justicia –pero sin Dios. Pero en la situación real se derrumba delante del hecho implacable de que los hombres son egoístas, suspicaces y codiciosos, y carecen del poder de autorregeneración. Pero la mayordomía reconoce a Dios como el dueño soberano de la propiedad y los medios. Afirma que la posesión bajo la dirección divina es un desafío a una administración fiel. A la vez que no reclamamos derecho de propiedad, no podemos, honestamente, realizar la labor de fideicomisarios transfiriendo la administración al cuerpo de la sociedad. Es el individuo mismo, y ningún otro, el responsable delante de Dios.

La mayordomía era gloriosamente real en los tiempos de la lluvia temprana. Bajo la manifestación de la lluvia tardía la mayordomía está destinada a ocupar nuevamente su lugar designado. Cuando el Espíritu Santo descendió en el Pentecostés, para morar entre los hombres, asumió la responsabilidad y el control de todas sus vidas. No había ninguna cosa que no estuviera bajo su inspiración y dirección. En consecuencia, las posesiones y propiedades de los discípulos, y sus gastos de dinero, estuvieron sujetos a la dirección del Espíritu. Tanto sus ingresos como sus gastos estaban controlados por el Espíritu Santo, y gobernados por este principio. La salvación no sería plena y adecuada si no proveyera una liberación del maligno poder del dinero.

La lección del Pentecostés es la garantía de que cuando el Espíritu Santo descienda en toda su plenitud sobre el corazón, las posesiones terrenales perderán su primacía, y el dinero sólo servirá para probar nuestro amor a Dios y nuestro servicio a nuestro prójimo. Dios y yo seremos socios y colaboradores. Las palabras son abundantes, fáciles y baratas. Pero así

como ejercemos fe para descansar el sábado, el día más ocupado del mundo en rebelión, al devolver nuestro diezmo a la tesorería del Señor con el mismo espíritu, estamos manifestando una fe semejante. No podemos servir a Dios y al dinero, pero podemos servir a Dios con nuestro dinero. La queja en cuanto a la tremenda necesidad de más dinero para la causa de Dios hoy, es simplemente una evidencia de la forma limitada en la cual se conoce el poder del Espíritu Santo entre nosotros.

Posesión y no propiedad

Pasemos ahora de lo que es estrictamente monetario a repasar los grandes principios que forman la piedra fundamental de la mayordomía. Pensemos una vez más en la *propiedad* de Dios. El mundo pertenece al Señor, porque El lo formó. Sin su sustentamiento perpetuo éste caería en el caos. Dios tiene, por lo tanto, los derechos de propiedad de todas las cosas de los hombres. Es cierto que el hombre posee; pero *poseer* no significa *ser propietario*. El diezmo es un indicador de si reconocemos que somos tan sólo fideicomisarios o pretendemos ser propietarios.

La energía vital en cualquiera de sus formas – física, mental, moral o espiritual – es una concesión de Dios. Sin El no podemos hacer nada. No podemos producir o ganar alguna cosa sin la cooperación continua del Creador. Cada persona que viene al mundo es un deudor de Dios y depende de sus beneficios. Vivimos en el tiempo que es propiedad de Dios, haciendo negocios con el capital de Dios, suministrado con la condición de que El ha de recibir una décima parte, y como es el acreedor preferencial, su parte viene primero. De aquí que el diezmo es un reconocimiento de la propiedad de Dios de acuerdo con sus condiciones. Esta estipulación perpetua es fundamental, correcta, y será obligatoria tanto tiempo como viva el hombre. Esta es la verdadera filosofía cristiana del dinero y de la propiedad. Si yo llegara a dejar de cumplir las condiciones violaría la confianza depositada en mí y llegaría a cometer desfalco, sería un delincuente, y perdería mi derecho de coparticipación con Dios. ¡Ay de aquel que viola tal confianza!

Un reconocimiento tal del dominio soberano de Dios llega a ser un tremendo impulsor espiritual, y la vida se transforma en la operación de un principio y en un privilegio, porque con plena conciencia tomo a Dios como socio en todos los aspectos de la vida. Es una confesión constante de mis limitaciones y dependencia, y su amante protección está conti-

nuamente delante de mí. Así el diezmo llega a ser, como debiera serlo, básicamente un asunto del corazón en el que la mayordomía hace de la vida una vocación sagrada. Vengo a ser un hombre de Dios y El es mi Dios, y ésta es la verdadera relación del nuevo pacto.

El hombre es un mayordomo, no un fideicomisario

La expresión fideicomisario en este contexto podría resultarnos fría y formal. En el mejor de los casos sólo sugiere algo. Un fideicomisario administra los bienes de alguien que ha muerto o de un testador ausente. Sus servicios son controlados por requisitos y controles legales. Jesús utilizó la expresión oriental "mayordomo" para indicar no sólo un fideicomisario y un siervo, sino también un amigo. El mayordomo es el intérprete de lo que tiene en la mente su señor que vive y al cual ama. Y uno de los privilegios del mayordomo es compartir aquello que él ha ayudado a producir. Este título abarca toda la actitud del cristiano hacia la propiedad, los ingresos, el salario y la riqueza.

"Mayordomo" es la traducción de la palabra griega *oikónomos*, de la que viene nuestra expresión "economista". La mayordomía no es un oficio servil, sino una estrecha relación de confianza. Un mayordomo es responsable de administrar los intereses de su patrón durante la ausencia de él. No es simplemente un siervo. Es nuestro gozoso privilegio el ascender desde el plano de la servidumbre legal al de la amistad. Abrahán, quien entregó sus diezmos, fue llamado "el amigo de Dios", mientras que un siervo "no sabe lo que hace su señor".

Me permito una analogía de la vida secular en cuanto a lo adecuado de la pretensión divina sobre el diezmo. Estamos familiarizados con la ética de las obligaciones mutuas y las aceptamos. Es una regla de honor entre todos los hombres el dar un pago de suficiente valor por el uso del dinero o de la propiedad que pertenece a otra persona. El estado tiene sus impuestos, el prestamista exige sus intereses, el propietario cobra sus rentas. Todo ésto se paga como reconocimiento de la propiedad de la otra persona, y son recordativos de nuestras obligaciones y de las limitaciones de nuestros derechos y de nuestra autoridad. Todas estas cosas son reconocidas como legítimas.

Pero por encima del gobierno, la sociedad, las corporaciones o los individuos, se encuentra Dios. Y el derecho de propiedad de Dios, que implica la mayordomía del hombre, lleva aparejada una solemne responsabilidad y la

obligación de rendir cuentas. Con El tenemos un deber que es positivo, personal, periódico, básico, que reconocemos primero mediante el pago del diezmo. Claro que Dios no necesita de nuestros diezmos. El podría tomar los diez décimos a su antojo. Pero el hombre necesita la práctica de este principio. Lo que Dios quiere no es nuestro dinero sino nuestros afectos, nuestra confianza, y nuestra fe en El como nuestro socio divino y amante.

El diezmo beneficia al hombre

Dios nunca establece una institución o ley arbitrariamente —ya sea espiritual, moral, mental, o física—, y que no sea para el beneficio del hombre. El diezmo no es una excepción. No es para el beneficio de Dios, sino para el beneficio de nosotros mismos. Si no hubiera sido para el desarrollo de nuestro carácter, Dios no lo hubiera ordenado. Sabemos que “el día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo” (Mar. 2: 27). De la misma forma el diezmo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del diezmo. Las leyes de Dios cobran significado en relación a las cosas a las que se aplican. Son el resultado de la relación que se crea.

La mayordomía entró en funciones en el instante en que el Hacedor creó a Adán como un “ser viviente”. Por lo tanto no estaba arraigada en un estatuto legal expreso. Si no hubiera habido una tercera parte interesada, Adán aún sería responsable ante Dios. Vale la pena repetir que todas las leyes de Dios son para la felicidad temporal y espiritual de sus criaturas y para su bienestar. Cada uno de los mandatos tiene como base una necesidad fundamental para hacer precisamente lo que ordena. Las leyes de Dios no *crean* deberes sino que los *definen*. Toda ley moral era necesaria antes de su promulgación. Tal es el fundamento eterno de la mayordomía.

En conclusión digamos algunas pocas palabras en cuanto a la aplicación del principio de mayordomía. Este se aplica a los nueve décimos tanto como al diezmo. La devolución del diezmo no nos da franquicias para usar el resto como se nos antoje. Involucra tenerlo, guardarlo, y gastarlo de acuerdo con la voluntad de Dios. Al suministrar el motivo directriz tanto en su obtención como en el darlo, la mayordomía abarca todo lo relacionado con el uso del dinero. Por ello la mayordomía es mucho más profunda que el diezmo, tal como generalmente

se lo entiende, pues abarca toda la vida. Requiere la más completa consagración al rendirle a Dios lo suyo, al hacer en cada uno de los aspectos de la vida lo que Cristo desea que hagamos, al reconocer su derecho de propiedad y señorío en todo momento. Esto es justificación por la fe aplicada y una manifestación de fe.

El principio de la mayordomía incluye mucho más que dinero

El principio de que la consagración personal es anterior a la consagración del bolsillo, la consagración propia antes que la consagración de las propiedades, y está expresada en las palabras de las Escrituras: “A sí mismos se dieron primeramente al Señor” (2 Cor. 8: 5). Dar dinero no sustituye el darnos a nosotros mismos. No están en venta asientos reservados en el reino de los cielos. Pedro le dijo a Simón el mago: “Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero”. Cuidémonos de la doctrina de Simón el mago. Una ofrenda liberal de servicio o de dinero no puede cubrir una inadecuada consagración o su ausencia. Por otra parte, si profesamos darnos a nosotros mismos a la vez que retenemos nuestros medios estamos aproximándonos peligrosamente a ser discípulos de Ananías y Safira, quienes retuvieron parte del precio de la venta. Todas las cosas son un legado sagrado para guardar y usar como Dios lo indique. Aquí está el aspecto crucial de la mayordomía. El hombre que fracasa en esto fracasa en todo.

Piensen por un momento en el “conseguir dinero”. El hombre fue creado con capacidad adquisitiva. Dondequiera que se estableció la civilización, el acuñamiento de monedas es uno de los primeros pasos desde la barbarie hacia la civilización. Y cuanto más alto sea el grado de civilización e industrialización mucho más necesario llegará a ser el dinero y más difundida su circulación. Los no civilizados se arreglan con el intercambio directo. Pero en las tierras civilizadas hay una necesidad siempre consciente de dinero. Y la tendencia es hacer del “conseguir dinero” la ocupación universal. Para multitudes llega a ser el objetivo básico de su vida.

Nuestra época busca fundamentalmente conseguir dinero, mucho más que en cualquier otro período anterior. Hay peligros más grandes en cuanto al dinero que en cualquier otro momento de la historia. Seamos vigilantes para que ésta no llegue a ser una pasión que gobierne nuestra vida, pues por el amor al dinero los

hombres llegan a ser sórdidos, egoistas, avaros e indiferentes para con Dios. Pero el reconocimiento de la mayordomía eleva la vida a un nivel muy diferente. "La oportunidad sumada a la habilidad constituyen el deber". Involucra honestidad y justicia en todas nuestras relaciones con nuestro prójimo. No hay una adecuada mayordomía que no incluya la relación del hombre con los demás. Donde esto funciona no se traerán pesos deshonestos a la tesorería del Señor.

Además, el reconocimiento del hecho de que Dios está por encima de todo impedirá la amargura y la contienda entre empleados y empleadores. Dará una decidida seriedad a todas las transacciones comerciales. La vida no se dividirá en sagrada y secular. Todos nuestros negocios serán tan sagrados como una reunión de oración y serán llevados a cabo en el temor del Señor.

Repetimos que vivimos en una época de acumulación de riquezas. Hay en el dinero un extraño poder paralizador. La tendencia es a acumular y a inmovilizar el oro y la plata que son del Señor dedicándolos al engrandecimiento del yo. Otra fuerza llega a ser la dueña del alma. Cuanto más tienen los hombres más quieren, y la extravagancia viene detrás de la riqueza, pues el incremento de las riquezas multiplica nuestros deseos. Existe, por supuesto, una gran diferencia entre lo que deseamos y lo que necesitamos. Las cosas que se consideraban lujos cuando el salario era magro, llegan a parecer necesidades cuando las entradas aumentan.

El dinero es el gran creador de deseos, mayormente artificiales. Sin dinero nos encontramos ante necesidades reales. Con dinero estamos ante necesidades artificiales. Como mayordomos necesitamos ser vigilantes en esta época de gastos alocados. La extravagancia inexcusable, que roba a Dios de su dinero, que alimenta el egoísmo y el orgullo, las bajas pasiones y los apetitos de nuestra naturaleza, constituye uno de los pecados de este tiempo.

La economía es una consecuencia de la mayordomía

La mayordomía nos conduce a la economía que es muy diferente de la mezquindad. "El tiempo es oro"; pero el oro, a diferencia del tiempo puede ser ahorrado, aunque ambos pueden ser gastados, sabia o neciamente. Son desastres semejantes tanto la codiciosa avaricia como el despilfarro irresponsable. Los mayordomos son representantes así como sier-

vos. Vivirán para manifestar el espíritu de su Señor. Sus vidas estarán libres de cualquier demostración ostentosa. Un décimo dedicado al Señor nunca santificará los nueve décimos utilizados en la indulgencia. El dinero es el medio supremo que el mundo usa para gratificar sus deseos, pero nosotros no hemos de ser "del mundo". Debemos demostrar en nuestro manejo del dinero que somos guiados por un principio que no es de este mundo. Hemos de andar como los que han "crucificado la carne con sus pasiones y deseos" (Gál. 5: 24).

Uno de los medios más efectivos para mantener y manifestar la crucifixión de la carne es la de nunca utilizar el dinero para gratificar las inclinaciones carnales. Llenemos nuestra vida con los pensamientos más amplios en cuanto al poder espiritual del dinero. Toda nuestra vida será así fortalecida por la forma en que manejamos el dinero. Y así, cuando los principios de la mayordomía señoreen en nuestras vidas, se iluminarán nuestras almas, se fijará el propósito, los placeres sociales se despojarán de sus rasgos perjudiciales, se conducirán los negocios de la vida gobernados por la regla de oro, y la ganancia de las almas se transformará en una pasión. Estas son las abundantes bendiciones de las provisiones de Dios derramadas en una vida de fe y fidelidad.

Verdaderamente es solemne ser un mayordomo. Se requiere de los mayordomos que lleven y rindan cuentas. Todo contador enfrenta la llegada del auditor. Es un asunto muy serio tener y manejar la plata y el oro del Creador de todas las cosas, el Juez de toda la tierra. Si es un crimen que un cajero cometa un desfalco con los fondos que le han sido entregados; si es un crimen que el albacea de un legado se apropie de los fondos que debe manejar como apoderado de bienes ajenos; si es una injusticia que un empleador retenga la paga de su prójimo, ¿qué diremos de quien voluntariamente es culpable de desfalco como mayordomo de Dios? Pero felizmente hay palabras que pueden referirse a nosotros: "Bien, buen *siervo* y fiel".

Estos son algunos de los principios de la mayordomía del hombre y del derecho de propiedad de Dios. Esta es sin duda una maravillosa relación y sociedad, y una escuela para nuestros caracteres. ■

El pastor LeRoy E. Froom, fallecido en 1974, fue uno de los más brillantes historiadores y teólogos de nuestra iglesia. Este artículo fue publicado originalmente en *The Ministry*, en junio de 1960.

La iglesia e Israel

Hans K. LaRondelle

LA ECLESIOLOGIA, o doctrina de la iglesia, afirma ser "la piedra de toque" o la prueba definitiva del dispensacionalismo.¹ C. C. Ryrie dice que la iglesia se distingue y separa de Israel en dos aspectos: 1) dentro de la iglesia los gentiles están ubicados en pie de igualdad con los judíos, y 2) Cristo habita en la iglesia como su cuerpo espiritual.

Ryrie deduce que la iglesia debe haber sido desconocida en los tiempos del Antiguo Testamento, pues el apóstol Pablo la llama un "misterio" (Efe. 3: 4-6; Col. 1: 25-27), y se refiere explícitamente a la iglesia de Cristo como a un "nuevo hombre" (Efe. 2: 15), una creación que resultó de la muerte de Cristo. La iglesia es edificada sobre la resurrección y ascensión de Cristo (Efe. 1: 20-23; 4: 7-13), y comenzó a funcionar sólo en el día del Pentecostés (Hech. 2). Por lo tanto, la iglesia *no* es tema de las profecías del Antiguo Testamento, ni está "cumpliendo las promesas hechas a Israel". En consecuencia "es Israel mismo quien debe cumplirlas en el futuro".² Es necesario que la iglesia sea raptada del mundo antes que Dios se ocupe nuevamente de Israel. Ryrie concluye: "La esencia del dispensacionalismo es, entonces, la distinción entre Israel y la iglesia".³ Recurre a 1 Corintios 10: 32 para confirmar su tesis de que "el Israel natural y la iglesia también son contrastados en el Nuevo Testamento".⁴

Sin embargo, el problema no es si el Nuevo Testamento contrasta a la iglesia con el "Israel natural", sino más bien si el Nuevo Testamento llama a la iglesia "el Israel de Dios", y si la presenta allí como el nuevo Israel, la única heredera de todas las bendiciones prometidas en los pactos de Dios para el presente y el futuro. Otros interrogantes que deben examinarse son: ¿Cuándo, de acuerdo con Cristo, comenzó la iglesia?, y, ¿cómo aplican realmente Cristo y los escritores del Nuevo Testamento los pactos que Dios hizo con Abrahán, con Israel y con Daniel?

El concepto de remanente en el Antiguo Testamento

La teología dispensacional acepta la distinción veterotestamentaria entre un Israel nacional y un Israel espiritual dentro de esa nación. Ryrie declara: "Esta clase de distinción dentro de la nación se hizo a menudo en el Antiguo Testamento".⁵ Realmente es una diferenciación

bíblica de profundo significado teológico. Los profetas manifestaron esta distinción en su concepto del "remanente", que era el corazón y la médula de sus perspectivas escatológicas.

El primer profeta que rechazó la idea popular de que Israel, como nación toda, obtendría la salvación en el día del juicio de Jehová sobre el mundo, fue Amós (Amós 3: 2; 9: 1-4, 9, 10). Destacó la condición fundamental de la respuesta *religiosa* de Israel a las promesas del pacto: "Buscad a Jehová, y vivid; no sea que acometa como fuego a la casa de José" (Amós 5: 6).

Sólo un "remanente" de la nación de Israel sobreviviría al juicio futuro de Dios (Amós 3: 12; 5: 15). Este "remanente de José" sería un remanente religiosamente fiel.

Asimismo, en Jerusalén el profeta Isaías anunció que Israel, como las demás naciones, caería bajo la justicia punitiva del Señor por su apostasía de Jehová y por su injusticia social (v. Isa. 10). No obstante, Dios en su gracia salvará "al remanente de Israel", "la simiente santa" en Sion, de los fuegos purificadores del juicio (Isa. 1: 24-26; 4: 2, 3; 6: 13; 10: 20-22). Este remanente santo son "todos los que en Jerusalén estén registrados entre los vivientes" (Isa. 4: 3) como herederos de las promesas de elección, porque es un remanente creyente que confía plenamente en Jehová (v. Isa. 10: 20, 21; 30: 15).

Tanto Amós como Isaías revelan una característica sorprendente, pero esencial, de las promesas del "remanente" de Israel: un remanente de *gentiles* creyentes en Jehová de todas las naciones también será traído al círculo del remanente escatológico de Israel y la casa de David: "En aquel día yo levantaré el tabernáculo caído de David, y cerraré sus portillos y levantaré sus ruinas, y lo edificaré como en el tiempo pasado; para que aquellos sobre los cuales es invocado mi nombre posean el resto de Edom, y a todas las naciones, dice Jehová que hace esto" (Amós 9: 11, 12).

Amós predijo claramente que mediante la voluntad y acto soberanos de Jehová un remanente de no israelitas, procedente de Edom y de todas las naciones, participaría de la promesa del pacto de David.⁶ Estos gentiles serían llamados, al igual que Israel, por el honorable nombre de Jehová, y por lo tanto pertenecerían al pueblo de Jehová (Deut. 28: 10).

El profeta Isaías revela, aún más, cómo el alcance universal de Dios a todos los gentiles se cumplirá por medio de un nuevo Israel, cuyas características esenciales serán, no la descendencia étnica de Abrahán (de la sangre de Abrahán), sino la fe de Abrahán, el culto del Señor en espíritu y verdad. Isaías contempla un futuro, después del exilio babilónico, cuando a dos clases de personas, los extranjeros y los eunucos, a quienes estaba prohibido entrar en la asamblea de adoradores de Jehová de acuerdo con la ley de Moisés (v. Deut. 23: 1-3), se les daría el derecho de adorar en el nuevo templo en el monte Sion, si aceptaban a Jehová y su pacto con Israel. "Yo los llevaré a mi santo monte, y los recrearé en mi casa de oración; sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptos sobre mi altar; porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos" (Isa. 56: 7; cf. 45: 20-25).

Cuando los gentiles se unan con fe y obediencia al Señor (v. Isa. 56: 3), el Dios de Israel dará a esos extranjeros dentro de Israel "un monumento y un nombre mejores que hijos e hijas, nombre eterno que no se extinguirá" (Isa. 56: 5, *Nueva Biblia Española* de Schökel y Mateos; cf. 56: 3). En otras palabras, los gentiles creyentes podrán disfrutar de los mismos derechos y esperanzas de las promesas del pacto que los israelitas creyentes. El Dios de Israel no limitará su restauración de Israel al pueblo judío, sino que incluirá también a los creyentes gentiles del Israel postexílico. "Dice Jehová el Señor, el que reúne a los dispersos de Israel: Aún juntaré sobre él a sus congregados" (Isa. 56: 8).

En otras palabras, el Dios de Israel revela claramente que El también reunirá a los creyentes gentiles en el redil de Israel.

Resulta evidente que Isaías utiliza su lema del "remanente" con un profundo sentimiento espiritual. El erudito en Antiguo Testamento Edmond Jacob explica: "En Isaías el remanente es esencialmente diferente de una simple realidad política; es, esencialmente, un Israel *kata pneuma* [según el Espíritu]".⁷

Otro erudito del Antiguo Testamento, Claus Westermann, señala como su conclusión de Isaías 56: "Ser feligrés de la comunidad que adora a Jehová se basa ahora en una resolución, una ratificación libremente expresada de este Dios y su adoración. No se piensa más en términos nacionales sino en individuales. El pueblo escogido se ha vuelto la comunidad confesante. . . Ya aquí encontramos importantes elementos del concepto de comunidad del

Nuevo Testamento. . . El 'reúne' a Israel también de entre quienes hasta ahora no eran aptos para pertenecer a él".⁸

Gerhard F. Hasel, en su tesis *The Remnant*, considera que el tema del remanente es un "elemento clave en la teología de Isaías", y concluye: "El [Isaías] no conoce la distinción entre un tema del remanente 'secular-profano' y otro 'teológico'" (pág. 401).

El profeta Miqueas asocia la promesa de un "resto de Israel" (2: 12), el nuevo pueblo de Dios, con la promesa del Mesías que saldría de Belén (5: 2). El reunirá al remanente de Israel "como ovejas de Bosra, como rebaño en medio de su aprisco" (2: 12). "Y él estará, y apacentará con poder de Jehová" (5: 4).

En conclusión, dondequiera los profetas del Antiguo Testamento presentan al remanente escatológico de Israel, siempre lo caracterizan como una comunidad fiel y religiosa, que adora a Dios con un corazón renovado sobre la base de un "nuevo pacto" (Joel 2: 32; Sof. 3: 12, 13; Jer. 31: 31-34; Eze. 11: 16-21). Los integrantes de este remanente fiel del tiempo del fin llegarán a ser los testigos de Dios en medio de todas las naciones para reunir también a los *no israelitas*, sin distinción de origen étnico, en el verdadero culto y el reino del Señor (Zac. 9: 7; 14: 16; Isa. 66: 19; Dan. 7: 27; 12: 1-3).

El cuadro total del remanente escatológico del Antiguo Testamento revela que las promesas de bendición de los pactos de Israel como un todo serán cumplidas, *no* en el Israel nacional incrédulo, sino sólo en aquel Israel que es fiel a Jehová y confía en su Mesías. Este remanente de Israel incorporará al remanente fiel de todas las naciones gentiles.

La pregunta que aún queda es: ¿Cómo logrará este Israel profético su cumplimiento histórico? ¿Será cumplido sólo durante el milenio luego de la segunda venida de Cristo? ¿Qué nos revela el Nuevo Testamento en cuanto al remanente del Antiguo Testamento?

El remanente en el Nuevo Testamento

Para develar el cumplimiento escatológico de las profecías del remanente del Antiguo Testamento debemos preguntar primero al Señor Jesucristo cómo El, el verdadero intérprete, entendió e interpretó las promesas de los pactos con Israel.

Aunque Cristo dijo que El fue enviado sólo a las ovejas perdidas de la casa de Israel (v. Mat. 15: 24; nótese, sin embargo, que Mar. 7: 27 agrega "primero"), y aunque en principio

El envió a los doce apóstoles sólo a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mat. 10: 5, 6), su perspectiva futura incluye su misión a los gentiles (Mat. 10: 18; Mar. 13: 10). Cristo aun declaró explícitamente que El había venido a reunir a los creyentes gentiles dentro del rebaño de Israel. Refiriéndose inequívocamente a la "reunión" prometida en Isaías 56: 8, anunció: "También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquellas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño y un pastor" (Juan 10: 15).

Como pastor mesiánico, Cristo dice aquí que fue enviado a cumplir las promesas de reunir a Israel, según los pactos establecidos con Israel.⁹ Como Mesías vino a reunir a Israel consigo mismo (Mat. 12: 30), pero más que eso, a reunir a los gentiles, incluyendo a todos los hombres, consigo mismo (Juan 12: 32). Esto requería una decisión de fe en El como el Mesías de Israel. Para esta misión universal El llamó de Israel a sus doce apóstoles que, por el número elegido, representan claramente a las doce tribus de Israel. Al ordenar oficialmente a los doce discípulos como sus apóstoles (Mat. 3: 14, 15), Cristo constituyó un nuevo Israel, el remanente mesiánico de Israel, y lo llamó su iglesia (Mat. 16: 18). En la ordenación de los doce Cristo fundó su iglesia como un nuevo organismo, con su propia estructura y autoridad, dotándola con "las llaves del reino de los cielos" (Mat. 16: 19; cf. 18: 17). Designó a sus doce apóstoles como los jueces de "las doce tribus de Israel" en la edad futura (Mat. 19: 28; Luc. 22: 30). A esta iglesia le dijo: "No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino" (Luc. 12: 32; v. Dan. 7: 22, 27).

F. F. Bruce dice que "el llamado de Jesús a los discípulos en derredor de sí para formar la 'manada pequeña' que había de recibir el reino. . . lo señala como el fundador del nuevo Israel".¹⁰

Considerando la predicación de Jesús que declaraba a la fe y el arrepentimiento como la condición de entrada al reino de Dios (Mar. 1: 15), G. F. Hasel concluye: "Difícilmente se pueda concebir de ella otra cosa que el comienzo de la reunión de un remanente de fe según la esperanza del remanente de las profecías del Antiguo Testamento".¹¹

Cristo constituyó a su iglesia, no aparte de Israel, como afirma el dispensacionalismo, sino como el remanente fiel de Israel que hereda todas las promesas del pacto, incluyendo la promesa de la tierra nueva (no simplemente Palestina) (v. Mat. 5: 5; Rom. 4: 13; 2 Ped. 3: 13). La iglesia, como es en Cristo, finalmente

morará *junto* con el verdadero Israel de la anti-gua dispensación en una misma Nueva Jerusalén (Apoc. 21). Los cristianos gentiles entrarán en aquella ciudad de Dios por doce puertas en las que están escritos los nombres de las doce tribus de Israel (Apoc. 21: 12). Sin embargo, la ciudad tiene muros en cuyos fundamentos están escritos los nombres de los doce apóstoles de Cristo (Apoc. 21: 14). ¡Lo que Dios ha unido no lo separe el hombre!

Jesús ha revelado la verdad apocalíptica de que su iglesia heredaría el reino junto con Abrahán, Isaac y Jacob. "Yo os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujiir de dientes" (Mat. 8: 11, 12; cf. Luc. 13: 28, 29).

De la posición adoptada por Cristo aprendemos que su iglesia no está separada, en los pactos divinos, del Israel de Dios, porque *ella* es el verdadero remanente de Israel, el Israel mesiánico, el hereedero de Dios. La iglesia de Cristo está eternamente separada sólo en la nación natural de Israel que rechazó a Cristo.

La elección y ordenación de los doce apóstoles niega la posición de que la iglesia de Cristo únicamente comenzó a funcionar en el día del Pentecostés. La iglesia ya existía como para que los nuevos creyentes fueran explícitamente "añadidos" a ella (Hech. 2: 41). La más clara evidencia de todas de que la iglesia no fue una entidad imprevista y no profetizada, es que todo lo ocurrido en el Pentecostés acaeció en cumplimiento directo de las profecías. Pedro cita a Joel 2: 28-32 (v. Hech. 2: 16 y siguientes) y añade: "Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos [judíos], y para todos los que están lejos [gentiles]; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare" (Hech. 2: 39).

Explica además: "Y todos los profetas desde Samuel en adelante, cuantos han hablado, también han anunciado estos días" (Hech. 3: 24). En otras palabras, desde el Pentecostés Dios estaba efectuando el cumplimiento de *todas* las profecías de Israel en cuanto a la exaltación del Mesías a la diestra de Dios (Hech. 2: 33), y de la reunión mesiánica del Israel de Dios. Así la iglesia está claramente profetizada en las promesas del remanente del Antiguo Testamento como lo confirman estos y otros escritos del Nuevo Testamento. ■

(Las referencias están en la pág. 15.)

Hans K. LaRondelle, doctor en teología, es profesor de teología en la Universidad Andrews, Berrien Springs, Michigan, Estados Unidos.

Creo en Jesucristo*

Raoul Dederen

Sin embargo, en la forma más natural Cristo pretendió ausencia de pecados (Juan 8: 46), una aseveración que sus enemigos aparentemente nunca pusieron en tela de juicio. Los escritores del Nuevo Testamento la repitieron libremente (Luc. 1: 35; Mar. 1: 24; 2 Cor. 5: 21; Heb. 4: 15; 1 Ped. 1: 9; 1 Juan 3: 5). No desearía afirmar aquí que la ausencia de pecados de Cristo surgió de alguna necesidad automática de su naturaleza que, por ejemplo, lo pusiera más allá de la tentación. Aunque era sin pecado y libre de tendencias o propensiones al mal, fue real, y severamente tentado. "Tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado", especifica el autor de la epístola a los Hebreos (4: 15). La realidad de las tentaciones de Cristo conforma una evidencia considerable de su humanidad. Esta realidad es subrayada por el registro del encuentro de Cristo con Satanás en el desierto (Mat. 4: 1-11) y la agonía que sobrellevó en el jardín del Getsemani (Luc. 22: 39-46), por mencionar sólo algunas. Claramente, la ausencia de pecado en Jesús resultó de su entrega continua de sí mismo al Padre.

Probablemente describió mejor su misión cuando dijo que "el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos" (Mar. 10: 45). Del mismo modo, el Evangelio que Pablo recibió y comunicó comenzaba declarando que "Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras" (1 Cor. 15: 3). Resultaría difícil exagerar la importancia de la muerte de Jesús en el Nuevo Testamento, cuyos autores estaban interesados en mostrar históricamente cómo ocurrió su muerte y qué significa teológicamente. Este es realmente el corazón mismo del mensaje evangélico. Para Pablo era esencialmente un acto de Dios, el acto de Dios, y absolutamente central. Lo hizo el centro de su mensaje (Gál. 6: 14; 1 Cor. 2: 2).

Para Pablo era básico que Cristo muriera "por" el pecado y que fuera crucificado "por" los hombres. Explica que Cristo "fue entregado por vuestras transgresiones" (Rom. 4: 25), "murió por nuestros pecados" (1 Cor. 15: 3) y "se dio a sí mismo por nuestros pecados" (Gál. 1: 4). Cristo mismo pintó su muerte de esta misma forma cuando declaró: "Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí" (Luc. 22: 19). Por este motivo hablamos de la muerte de Cristo como "vicaria", es decir, una muerte hecha por otros, o para beneficio de otros. Ha habido grandes

diferencias de opinión con respecto a esta frase "por vosotros", y se ha querido hacer una distinción entre "a vuestro favor" (*hyper*) y "en vuestro lugar" (*anti*). Creo que la Escritura no autoriza una distinción tan radical. "En lugar de" y "en favor de" no se contradicen ni se excluyen mutuamente. La cruz es más grande que cualquier definición y más profunda que cualquier razonamiento. La muerte de Cristo fue completamente "en favor de" porque se produjo "en lugar de". La suya fue una muerte vicaria y de sustitución; una demostración del amor de Dios. Verdaderamente, como Juan declara: "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados" (1 Juan 4: 10).

Sin embargo, una teología de la redención que exclusivamente prestara atención a la muerte de Cristo sería inevitablemente desequilibrada y empobrecida desde una perspectiva bíblica. De hecho, el Evangelio recibido y proclamado por Pablo, que mencionamos más arriba, no revelaría solamente que "Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras", sino añade enseguida: "y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras" (1 Cor. 15: 3, 4). Pablo proclamó la muerte y la resurrección de Jesús como unidos en el mismo corazón del Evangelio. Su renuencia a hablar de una sin la otra se refleja en Romanos 8: 34: "Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó". Hay un lazo de unión indisoluble entre la muerte y la resurrección de Jesucristo en el gran misterio de la salvación.

La resurrección de Cristo es central para la fe cristiana. Sobre la base de su experiencia de la resurrección, los primeros discípulos vieron la vida y la muerte de Jesús en una luz completamente nueva. Desaparecieron la ambigüedad y el sentimiento de derrota que los había sobrecogido. Probablemente esa fe en la resurrección fue el factor primordial que movió a la iglesia primitiva a reconocer la *divinidad* de Jesús. Y una vez que los primeros creyentes aceptaron su divinidad, bajo la conducción del Espíritu comenzaron a poner los fundamentos para la doctrina de la *encarnación*, proclamando a Jesús como la Palabra hecha carne (Juan 1: 14). De la doctrina de la *encarnación* fueron conducidos ineludiblemente a la *preexistencia* de Jesús (vers. 1; Fil. 2: 5-9) y al problema de relación con toda la *creación* y con la historia de la *salvación* (Col. 1: 15-20; Rom. 8: 19-22;

* Conclusión del artículo iniciado en Septiembre-octubre de 1982

Efe. 1: 9, 10, 22, 23). El mensaje del Nuevo Testamento llegó a ser –y todavía es– el mensaje del Señor resucitado, porque la resurrección de Cristo es el comienzo y no el final de la historia.

Tampoco los escritores del Nuevo Testamento separaron la resurrección de la ascensión de Cristo. Según ellos la resurrección, la ascensión y la situación presente de Cristo a la “mano derecha de Dios” son resultados de un único acto de Dios en la vindicación de Cristo después de su humillación en la cruz (Rom. 8: 34; Fil. 2: 8, 9; Efe. 1: 20, 21).¹ Sin embargo, los dos permanecen claramente diferenciados. Una cosa es afirmar que Jesús ha sido resucitado de los muertos, y otra –por más íntimamente que esté relacionada– es afirmar que ahora El comparte la soberanía de Dios en el cielo y en la tierra. Pues esto es lo que proclama la ascensión de Cristo. Afirma que El, resucitado de los muertos, es rey y sacerdote. Como rey, comparte el trono de Dios y le corresponde toda autoridad en el cielo y en la tierra (Mat. 28: 18; Hech. 2: 33; 1 Cor. 15: 25; Heb. 1: 3; 1 Ped. 3: 22). Está sentado en una posición singular de dignidad y honor a la mano derecha de Dios. Pero también es sacerdote. A la mano derecha de Dios intercede por nosotros (Rom. 8: 34; Heb. 7: 25; 9: 24; 1 Juan 2: 1, 2). El sacerdocio de Cristo está más completamente expuesto en la epístola a los Hebreos, donde el apóstol describe al Cristo resucitado como nuestro “sumo sacerdote” (caps. 2: 17; 7: 27), quien “se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios” (cap. 9: 14). Es a la vez Sumo Sacerdote y sacrificio, llevándonos no a un “santuario hecho de manos” sino al Santuario verdadero, el Santuario celestial; donde ministra “en nuestro favor” ante la presencia de Dios (vers. 11-15, 24; cap. 10: 19, 20). Su obra es *por* nosotros y también es *en* nosotros (cap. 10: 16). Solamente en El somos hechos “perfectos” o “completos” (caps. 2: 10-18; 10: 14).

El es nuestro mediador (Heb. 8: 6; 9: 15; 12: 24). Pero lo es en un sentido más rico que el que indica la traducción usual. No está *entre* Dios y el hombre.² No es un tercero entre Dios y el hombre; El es infinitamente *más* que eso. En El, que es humano y divino, Dios y el hombre se encuentran directamente. No es un intermediario. Como Dios verdadero, trae a Dios al hombre; y como verdadero hombre, trae el hombre a Dios. El es un “misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere” (cap. 2: 17).

Sin embargo, su sacerdocio mediador llegará a su fin; pues, como concluye la misma epístola: “Así también Cristo fue ofrecido una

sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan” (cap. 9: 28). Jesús esperaba que llegara el momento cuando sus discípulos hicieran su obra sin su presencia visible (Juan 7: 34-36; 13: 33; 14: 1, 2). También visualizó el *fin* de la historia: un día cuando retornaría a su pueblo (Juan 14: 3, 18, 19; 16: 16, 22), cuando habría una resurrección de los muertos (Mar. 12: 25-27; Luc. 14: 14; Juan 5: 25-29) y una separación final entre los salvados y los perdidos (Mat. 8: 11, 12; 13: 24-30, 36-43; 25: 31-46).

Nuestro Señor aparecerá por segunda vez en gloria. Retornará a la tierra y cumplirá su promesa: “Os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14: 3). El propósito redentor de Dios, centrado en Cristo, se cumplirá.

Una de las cosas más sorprendentes acerca del retorno de Cristo es que nosotros los cristianos deberíamos desearlo y anhelarlo con gozo. Recordemos que es la “bendita esperanza” (Tito 2: 13). Los primeros cristianos lo anhelaban y estaban impacientes por su demora. Esto parece extraño para nuestra mentalidad actual. Ellos deseaban el fin del mundo, y nosotros lo tememos. ¿Será que nuestra noción del fin no corresponde a la de ellos?

Hemos asociado el fin con algún desastre cósmico y hemos llegado a prescindir del significado cósmico de la obra de Cristo, que los primeros creyentes tuvieron siempre presente. Para ellos el fin del mundo, aunque catastrófico, significaba el triunfo de Cristo. La muerte y la resurrección de Cristo marcaron el comienzo del fin del mundo, e introdujeron en este mundo y en la historia humana el orden final de las cosas. Vivimos en los últimos días y ya nos gozamos en la vida del mundo venidero. El orden final de las cosas existe, ahora, completamente en Cristo mismo, pero incompleto en el resto de la creación. Así, cuando todo esté listo, Cristo vendrá de nuevo “para salvar a los que le esperan” (Heb. 9: 28).

No es extraño que los primeros cristianos estaban impacientes porque todo se estableciera rápidamente, ni que Juan clame al final del Apocalipsis: “El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven Señor Jesús” (Apoc. 22: 20). ■

¹ En varios pasajes la resurrección no se trata como un acontecimiento separado de la ascensión. (Véase, por ejemplo, Hech. 2: 32, 33; Efe. 4: 9, 10; 1 Tim. 3: 16; 1 Ped. 3: 21, 22.) ² Como se traduce en el único otro pasaje referido a Cristo como mediador, es decir, 1 Timoteo 2: 5. Es interesante notar que el texto griego no tiene una palabra para *entre*.